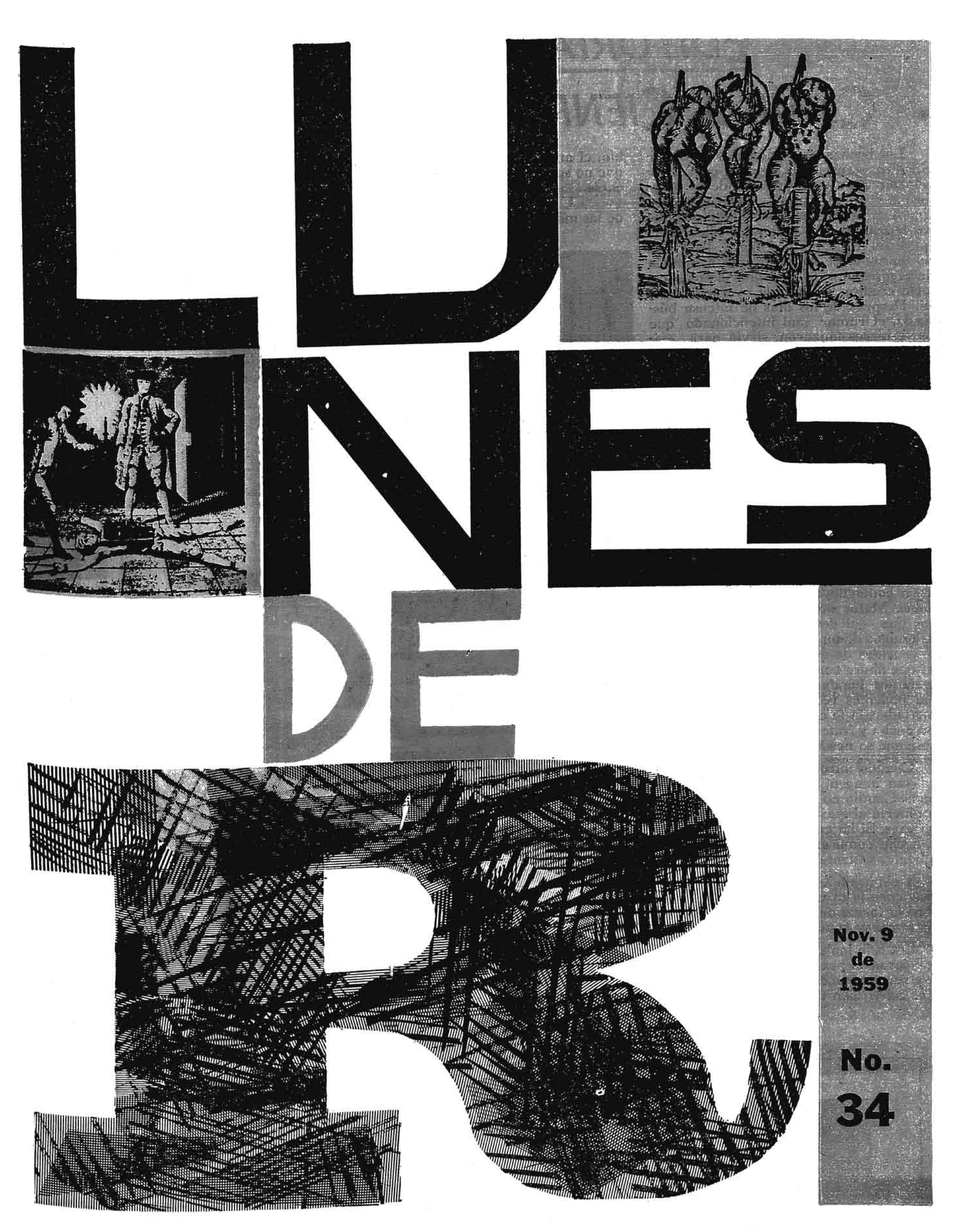


Inédito en español

LA GANGRENA

EDITORIAL

CAMILO CIENFUEGOS

Los hechos del miércoles 4 de noviembre —suscitados por la contrarrevolución para crear un fraude al entusiasmo popular— no nos hicieron menos dignos de la alegría desbordante con que nos lanzamos a la calle para celebrar la aparición de Camilo. Quiere decir que las tensiones se soltaron ante la noticia sin confirmar a la cual queríamos otorgarle crédito irrebatible, veracidad total. Después de los días de intensa búsqueda, el rumor mal intencionado que los esbirros lanzaron, sirvió para evidenciar una lección: Camilo sigue vivo pecho adentro, donde se forjaron los buenos sentimientos, Camilo no se ha alejado de nuestro lado un sólo instante, su gran mirada viva y candorosa fiscaliza los peligros de Cuba, Camilo batalla, entra en el símbolo y en la mejor leyenda. No ha aparecido, no se tienen noticias ni versiones exactas del suceso; sabemos que tomó el avión en Camagüey —donde se encontraba, obligado por la traición de un miserable— y que sus últimas palabras fueron de convicción revolucionaria, aquella su fe militante que no conocía el desánimo; sabemos que lo vieron dentro del avión, despegando de la tierra camagüeyana que la traición de Huber Matos no pudo envilecer; sabemos que —al despedirse— no abrazó a sus amigos de un modo distinto; estamos convencidos de que no sospechaba el final que ahora consterna; los que nos angustiamos hondamente con su ausencia solo podemos recordarle el entusiasmo batallador, la fe en la lucha, la gran sonrisa ancha y fraterna. Y no podemos concebir que se nos haya ido.

Cuando otras cosas quieran fallarnos, esa imagen activa seguirá alentándonos. Camilo no será nunca un cadáver, un muerto al que se despide con flores y lágrimas. Si ha entrado en la muerte, lo ha hecho como en la revolución: sencillamente, valientemente.

Y el pueblo le recordará así. El miércoles, cuando la versión de su aparición cobró la forma de milagro, vimos llorar, reir a nuestro pueblo.

Los criminales han recibido el fraude. Vieron al pueblo cantar la dicha de oír y ver nuevamente a Camilo. Y vieron más: convicción revolucionaria del pueblo, el amor inmedible hacia sus líderes que no sabe más que acrecerse y solidificarse.

"LUNES" reconoce en Camilo a una de las más señeras figuras de nuestra generación, y la más viva incitación revolucionaria. De extracción popular, hijo del duro medio económico y social que todos hemos padecido en carne propia, Camilo constituye, junto a Fidel Castro, el símbolo de nuestra lucha y nuestra dignidad.

Inteligente, vital, sensible, quienes le conocieron no se resignan a dejar de escucharle. Y el pueblo de Cuba —que ha dado la muestra más objetiva de amor a un líder— siempre le llevará presente en cada uno de los minutos transformadores de nuestra patria en los que él alienta, trabaja y permanece.

R



LA IMAGEN DE CAMILO CIENFUEGOS, así, apuntando, es la de la Revolución, que construye un mundo nuevo y esta dispuesta al combate, alerta contra el enemigo agresor; es necesario aclararlo porque algunos débiles quieren imbuirlo en su debilidad, definiéndolo con un espíritu que no es el suyo.

El Horror al Alcance de la Mano

traducción de humberto rodríguez tomeu

1871

La prisión de la Orangerie, los barracones de Satory, las grandes cuadras de Versailles, la cárcel de Noailles, la de San Pedro bien pronto resultaron insuficientes.

Entonces se amontonó a los prisioneros bajo la escalera, en una cueva, el Foso de los Leones. Allí se pudrían. A las mujeres las pusieron en barracones pero de más está decir que sus carceleros nunca las perdían de vista, y como no había servicios sanitarios ellas tenían que hacer sus necesidades en público. Para calmar la sed el agua de los charcos. ¡Agua enrojecida con la sangre de los heridos! Pero antes de que esas leonas vencidas viniesen a beberla, los carceleros, ante su propia vista, orinaban dentro.

Cada cierto tiempo el oficial de gendarmería que las vigilaba o un juez enseñaba a sus familiares, a sus amigos, a sus esposos este inmundo rebaño cubierto de fango y de roña, herido, desollado, sangrante, que bebía en los charcos, que comía lo que se le arrojaba, triste rebaño que trataban de convertir en un estercolero...

Por otra parte, toda esa gente resultaba embarazosa. Muy pronto se envío a los pontones a los sobrevivientes. Fué el señor Thiers quien tuvo esa "buena" idea. Una idea de historiador. Treinta mil de estos infelices fueron sistemáticamente expedidos. Los que enviaban a los pontones nunca llegaban. Imagínense: los vagones ruedan, herméticamente cerrados con candados, por horas y hasta días. Adentro uno se asfixia. Entonces se escuchan gritos:

—¡Abrid, por piedad! ¡Un poco de aire!

—¡Aire! Eso es, les vamos a dar aire...

La soldadesca tira a través de las planchas, y el vagón, cargado de muertos, prosigue su marcha. Menos bocas a alimentar.

Pierre Dominique: La Comuna. (París, Grasset, 1930).



• *En Belsen una zanja llena de cadáveres de prisioneros que habían muerto de hambre o asesinados.*

1919

Con gran habilidad las tropas de Koltchak retiraban a sus prisioneros la piel de las manos intacta, a la manera de un guante, después dejaban que sus víctimas se desangraran hasta morir.

Dr. Magnus Hirschfeld: Sittengeschitche des Weltkrieges (Leipzig-Wien, Schneider, 1930).

1924

La implacable ley de Lynch no excluye a las mujeres: un granjero blanco de Georgia se negaba a pagar los jornales atrasados a uno de sus trabajadores negros. Un día encontraron al granjero muerto a balazos. Ninguna pista del asesino. "Sólo puede haber sido un negro" —declararon los blancos. Decidieron acabar con todos los negros que de un modo o de otro pudieran haber estado en relación con el presunto culpable. Entre los asesinados había uno llamado Turner. Fueron a anunciarle a su mujer, a la que faltaba un mes para dar a luz, la muerte de su marido. Loca de dolor, la infeliz se puso a sollozar y lamentarse, conjurando la maldición del cielo sobre los autores del crimen. Alguien fué a contar a los asesinos las maldiciones de la negra:

—¡Vamos a darle su merecido a esa condenada negra!

Unos amigos, sabiendo el peligro que corría la infeliz la escondieron en una casa de las afueras, pero inútilmente pues un domingo por la mañana los desalmados se apoderaron de la negra. Habiéndole encadenado los pies fué colgada del árbol más próximo, echaron sobre sus vestidos gasolina y aceite, prendieron un fósforo...

Mientras la infeliz agonizaba, chistes y risas partían de la multitud. Entonces, como la vida palpitaba todavía en ese cuerpo medio carbonizado, un *gentleman* se apartó del gentío y con su cuchillo abrió el vientre a la negra. El cuerpo de un niño salió de allí y rodó por tierra. Se escucharon dos vagidos pronto ahogados: el *gentleman* acababa de aplastar de un pisotón a la pequeña forma que lloraba.

Magdalena Paz: Hermano Negro (París, Flammarion, 1930).



• *"La Doncella de Hierro", cámara de tormentos.*

1931

Hay torturas a las que se puede llamar clásicas: privación de alimento con ración reducida a treinta gramos de arroz por día, golpes de *rotang* en los tobillos y la planta del pie, tenazas aplicadas a las sienes con objeto de hacer saltar a los ojos de sus órbitas, poste al que el paciente es amarrado por los brazos y suspendido a unos pocos centímetros del suelo, embudo de petróleo, prensa de madera, alfileres encajados en las uñas, privación de agua (particularmente dolorosa para los torturados devorados por la fiebre).

Pero después de esos suplicios, de un género bien arcaico, hay otros más refinados, más modernos: todos inventados y practicados particularmente por la policía de Cholón.

'Cortar, con una navaja, la piel de las piernas en largos surcos, meter algodón en las heridas y darle fuego.

Introducir en el uréter un alambre en forma de tirabuzón y retirarlo bruscamente".

Por último, toda la gama de torturas por la electricidad:

"1.—Pasar un polo por un brazo o una pierna. Pasar el otro polo por el sexo: hacer circular la corriente.

2.—Conectar un látigo de alambres entretejidos: cada latigazo provoca al paciente dolores tan intensos que termina por pedir clemencia y confesar.

3.—Amarrar una de las manos del detenido con un hilo metálico y enchufarlo en el circuito. Cada vez que se abre el conmutador la sacudida es tan violenta que resulta imposible resistir más de dos o tres.

Estaban estas torturas de moda y eran practicadas diariamente durante el año de 1931 en la estación de policía de Binh-Donj (ciudad de Cholón).

También las mujeres eran sometidas a estas torturas. Además, sufrían todos los vejámenes que podían atentar a su pudor, desde ser encerradas a menudo en las barracas de los hombres donde reina una insoportable promiscuidad, hasta verse obligadas a sufrir las más odiosas violencias. Cierto delegado adminitrativo indígena, el Phu Man de Cao Lang, provincia de Sadec (Cochinchina) era particularmente ingenioso en la elección de suplicios cuando se trataba de jovencitas. Cito: "Muchachas congaíes de diez y seis a diez y ocho años son llevadas de noche a la delegación. Violación, colgadura por los pies, flagelación de los muslos y las plantas de los pies, introducción de hormigueros en las partes íntimas, con los brazos y las piernas atados de manera que no puedan moverse, has-



• *Foso en un campo de concentración.*

ta que el dolor les obliga a confesar que forman parte de una agrupación comunista".

Andrée Viollis: Indochina S.O.S. Prefacio de André Malraux. (París, Gallimard, 1935).

1933

Así que Zachel abría la puerta de la celda donde estaba encerrado el viejo, éste debía arrodillarse y cantar una canción que empezaba así:

"Soy un judío, ved mi nariz..."

Era la primera parte del programa matinal. He aquí la continuación:

—¿Qué te dieron de comer hoy?

Los prisioneros sólo comían cada dos días.

—No tengo la menor queja de la alimentación.

Es abundante y suculenta. Hoy por la mañana me dieron café con leche, azúcar, pan con mantequilla y salchichón. Ayer el almuerzo se compuso de caldo y un platazo de guiso con mucha carne.

Estas palabras se las habían escrito en un papelito y tuvo que aprenderlas de memoria. Si no las decía rápidamente, Zachel iba por las disciplinas. Entonces empezaba la segunda parte del programa, la más odiosa que un hombre pueda imaginar.

Zachel abría la celda contigua y de ella hacía salir a otro prisionero, un joven judío del Este. Le daba el rebenque:

—¡Isidoro! Otra vez el viejo semita no se sabe su lección. ¡Dale la paliza cotidiana! ¡Vamos! ¿Y pega duro, eh?

Le daban una carretilla, y debía, para regocijo de los guardias de asalto, pasear en dicho vehículo a un pequeño abogado judío de Berlín. El abogado, hierático y tieso como un Buda, se sentaba en la carretilla.

Después los llevaban a las letrinas, les daban palas para que se tiraran paletadas de excremento. Los guardias de asalto asistían al espectáculo muertos de risa.

Detrás de la cocina de los guardias de asalto había una perrera —especie de largo corredor enrejado donde no cabía un hombre de pie. Allí obligaban a Heilmann a ponerse en cuatro patas y olerle el trasero a un perrito. Al mismo tiempo tenía que decir esta cuarteta:

Soy falso como un gato
Miau, miau,
Y ladro como un perro
Jau, Jau...

Wolfgang Langhoff: Los soldados del Marais. Trece meses de cautiverio en los campos de concentración (París, Plon, 1935).

1943

El Presidente: Usted introducía espátulas en el recto y lo reventaba; luego obligaba a lamer la espátula a los amigos del supliciado.

Ehrmanntraut: No.

El Presidente: Usted azotaba los cadáveres después de haberlos cubierto de excremento.

Ehrmanntraut: No.

El Presidente: ¿Se dá cuenta que tiene las manos tintas en sangre?

Ehrmmanntraut: No hice más que cumplir las órdenes recibidas.

. . . .

Berg, entre otros, había visto a una jovencita de la organización *Alianza*, amarrada viva por la barbilla a uno de esos célebres ganchos del crematorio. Con objeto de arrancarle una confesión se obligaba a la madre a presenciar el suplicio.

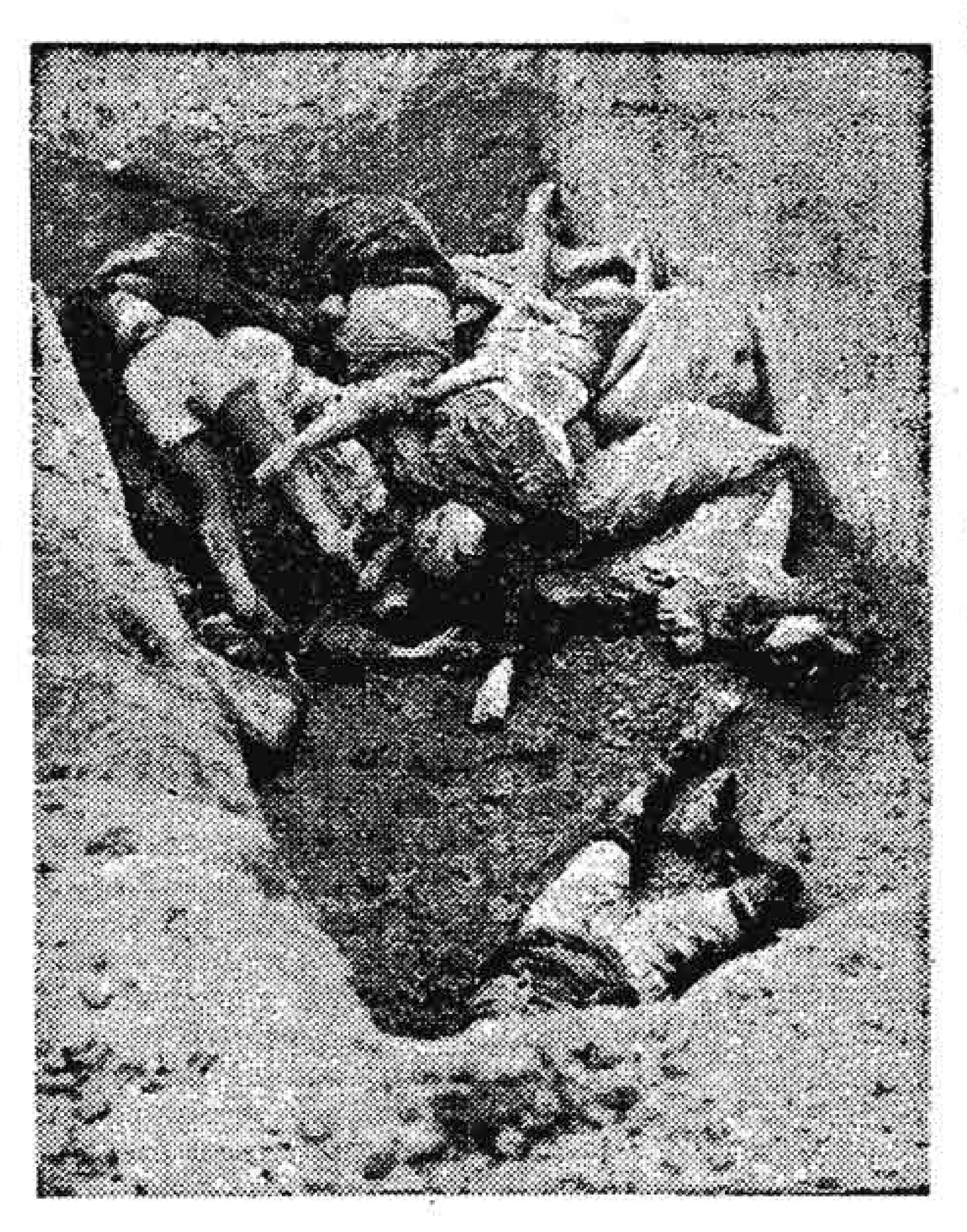
En otra ocasión una muchacha fué colgada por los senos. Asimismo Berg cita a Fuchs, quien pretende lavarse las manos descargando su culpabilidad en los compañeros; este mismo Fuchs violaba a las mujeres antes de ponerles inyecciones mortales de petróleo.

Armand Gatti: El proceso del campo de Struthof. (El Parisién liberado, 17 y 22 de junio de 1954).

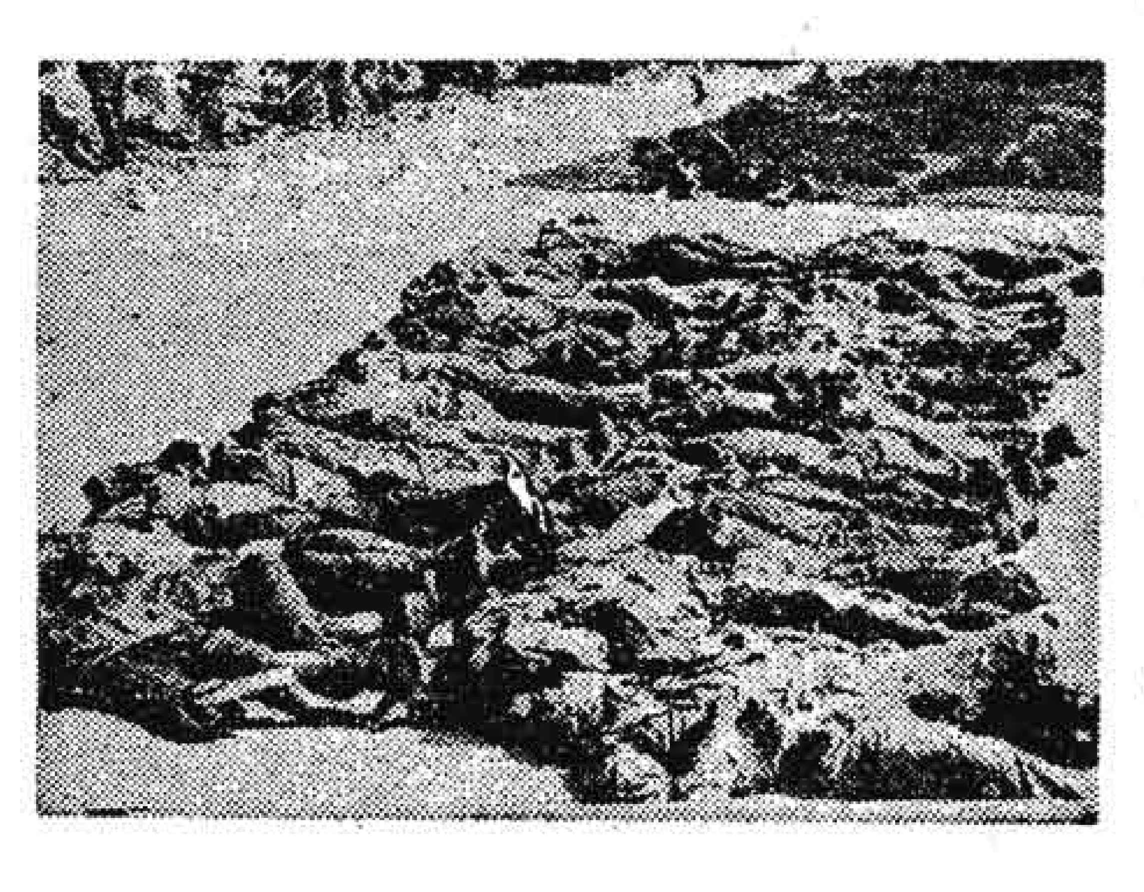
. . . .

Además, un médico belga da como verídica la siguiente tortura infligida por los Nazis a infelices mujeres en avanzado estado de gestación: cuando tales infelices se aproximaban al parto les metían las piernas en cemento fresco hasta el nacimiento de los muslos. Las desdichadas no dejaban de sufrir los dolores del alumbramiento, el que, claro está, no podía producirse. Entonces su vientres estallaban.

M. M.



• *Campo de concentración nazi.*





• *Esta mujer, residente de Kertch, fue salvajemente torturada, hasta perecer, por los nazis.*

1953

En la tienda de campaña hubo un estremecimiento de horror cuando Tchao Tching-an se levantó para enseñar su oreja derecha cortada por la mitad y además una serie de cicatrices paralelas, violáceas, de treinta centímetros de ancho, trazadas diagonalmente sobre su estómago y abdomen. Explicó Tchao: "Asistía un día a una conferencia del C.I.E., en la isla de Chéju. Nos contaban las mismas historias de siempre sobre la democracia norteamericana. Pregunté por qué, siendo Norteamérica tan democrática, se asesinaba a tantos prisioneros chinos en los campos de concentración. A la noche siguiente los instructores del Kuomitang vinieron a mi tienda. Me sacaron de allí y me dieron de golpes hasta que me desmayé. Al otro día por la mañana me llevaron ante un pelotón de ejecución, formado por norteamericanos, para fusilarme por comunista. No dispararon pero un guardia sacó un cuchillo afilado y me cortó la parte superior de la oreja. Ese pedazo de mi oreja fue metido en un cubo de agua, haciéndome de paso sangrar dentro del cubo. En seguida mis compañeros fueron forzados a beber esta agua sanguinolenta para así probar que ellos eran firmemente anti-comunistas. Si no lo hacían eran tomados por comunistas.

Al día siguiente —prosiguió Tchao— se me llevó de nuevo ante el pelotón, pero los soldados tampoco dispararon esta vez. Por la noche los guardias volvieron a mi tienda. Metieron un pañuelo en mi boca para ahogar los gritos. Entonces se pusieron a abrirme el abdomen. Me hicieron estas cuatro grandes heridas —y enseñó las cicatrices—. Esta vez habían decidido matarme, pero en ese momento llegó el comandante de la compañía y dijo que más valdría conservarme vivo para ejemplo. Me quitaron la mordaza, restañaron la sangre y, exprimiendo el pañuelo, lo hicieron gotear en un cubo de agua. De nuevo forzaron a beber a mis compañeros".

Otros también contaron cómo les habían cortado pedazos de carne de las brazos y las piernas y cómo habían obligado a sus compañeros a cocinarlos y comérselos. Nos enseñaron los sitios en sus brazos, glúteos y muslos adonde habían cortado trozos de carne. También contaron casos en que el corazón de los compañeros asesinados había sido arrancado y mostrado, a manera de advertencia, a los "indecisos". Asimismo relataron que habían tirado vivos en las letrinas a unos prisioneros para que se ahogaran en el excremento.

W. Burchett y A. Winnington: Campos de concentración de la muerte en Corea. (París, La Nueva Crítica. No. 55, Mayo de 1954).

1954

BELGICA COMO DEBE SER: LA VUELTA DEL CUCHILLO

Los grandes cañones y los aviones tienen, sin duda gran importancia estratégica, pero las fuerzas comunistas en Corea han demostrado que en las guerrillas el cuchillo puede, muy menudo, hostigar al enemigo, sabotear las instalaciones y sembrar el terror.

También los soldados norteamericanos vuelven al uso del arma más antigua: el cuchillo para combates cuerpo a cuerpo.

Es, pues, indispensable que todos los combatientes sean iniciados en los combates cuerpo a cuerpo.

La enseñanza del combate cuerpo a cuerpo comprende:

1.—El estudio de la técnica: la experiencia ha demostrado que había que enseñar los ejercicios por separado.

N.B. Ver lecciones establecidas por el Bureau Sport, Q.G.I. Corps.

2.—La práctica de ejercicios físicos encaminados al desarrollo de la musculatura de los brazos, del tronco, del abdomen y de la espalda.

N.B. El objetivo esencial de 'aplicación número 3' es realizar el desarrollo de dicha musculatura.

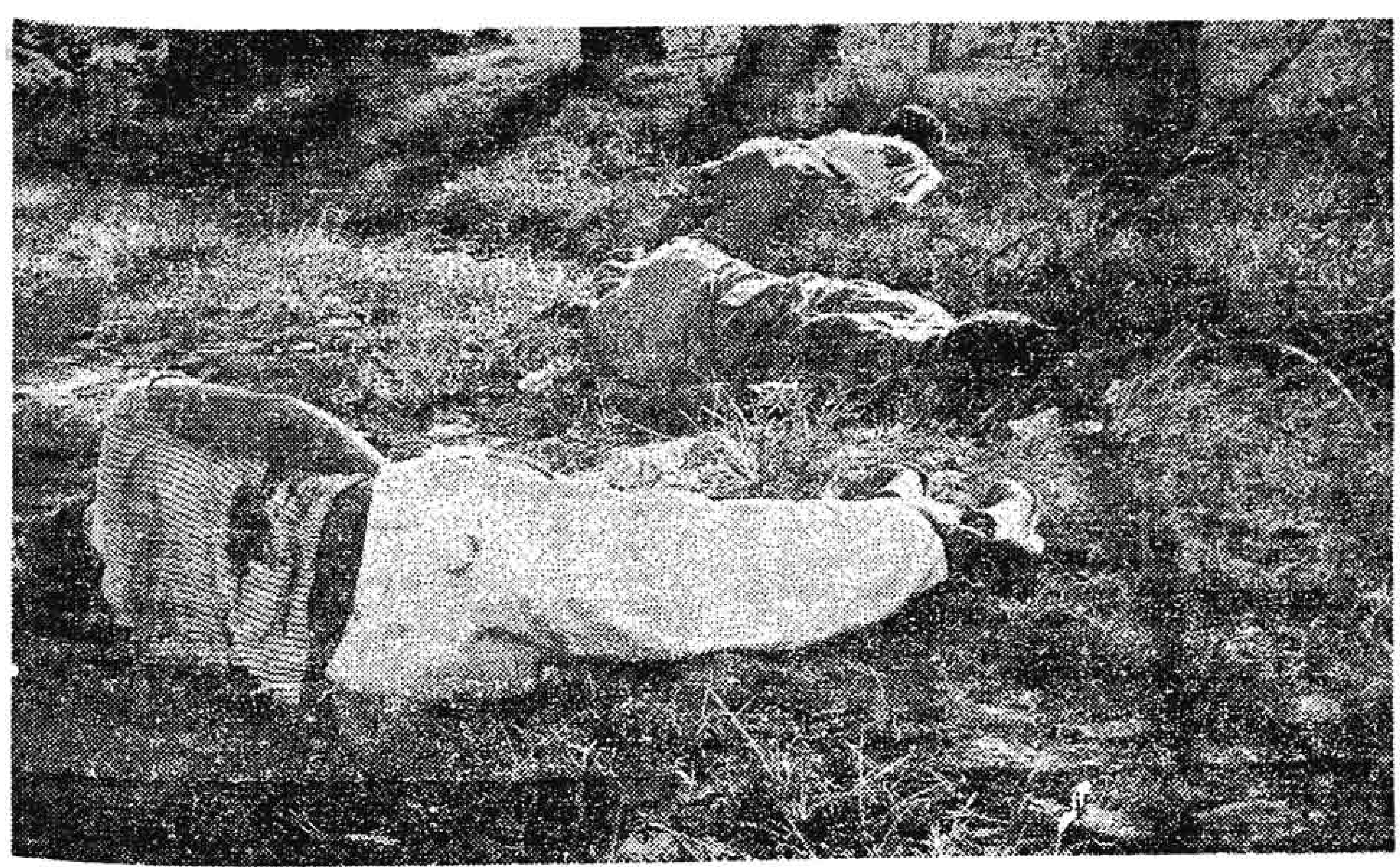
Trad. de: Humberto Rodríguez Tomeu.

Del Tiempo De Los Asesinos A La Revolucion

por josé a. *baragaño*



• Muchachos como éste —dieciséis años—, fueron asesinados a mansalva y luego arrojados al camino.



• El sol los encontraba mutilados, contra la tierra la boca valiente que desafió al verdugo.

Está dicho. Durante todo el siglo XIX, el hombre pensó que la humanidad, por lo menos en el ámbito cultural en que estamos situados, había eliminado para siempre el mundo de la tortura y el terror. La ilusión de que el progreso indefinido y constante de la humanidad acababa de poner de lado esos vestigios tenebrosos, se hizo realidad en todos los hombres de la época. Pertenecían estos pensadores a aquellos que no comprenden que el esfuerzo de la verdad por abrirse paso es doloroso, que encuentra resistencias, y que los intereses que protegen el estadío cultural en que vivimos no escatiman en medios, por violentos y terribles que éstos sean. De ese optimismo poco fundado, después de la guerra del catorce, el hombre se vió trasladado violentamente a otra realidad, las ideologías totalitarias, con Hitler y Mussolini al frente; los representantes del alto capitalismo monopolista que echaron mano del fascismo, no titubearon en adaptar al nuevo mundo los medios perfeccionados de la tortura, en un intento de degradar definitivamente la persona humana, y de estancar la liberación de los hombres.

En el segundo tercio de ese siglo diecinueve, un poeta que apenas contaba diecinueve años, Arthur Rimbaud, proclamó: *he aquí que viene el tiempo de los asesinos*. Si la tesis de que el poeta, con sus afilados instrumentos de investigación de la realidad, se introduce en el futuro, necesita una afirmación, en lo que vino después de Rimbaud la encuentra plenamente. La tortura y el terror se hicieron los dueños de Europa durante una década, y en algunos países como España subsiste todavía. Los regímenes fascistas desencadenaron una guerra que tuvo por resultado varios millones de muertos, y toda Europa se convirtió en un vasto cementerio, con buitres ebrios de carne humana, que dirigían la operación desde sus gabinetes ministeriales, desde los estados mayores policíacos y las oficinas centrales de los grandes monopolios. El tiempo de los asesinos había comenzado, y algunos temían que, en su momento, no hubiera brazos para reconstruir las ciudades pulverizadas.

Pero en el mundo contemporáneo —menos que nunca—, los fenómenos no se producen aislados. Durante la época de Mussolini expertos torturadores visitaron naciones sudamericanas con la misión de enseñar a la policía de esos países sus técnicas atroces, con el pretexto tradicional de perseguir el comunismo, que parece ser suficiente en la mente de los reaccionarios para cometer las peores infamias. También en nuestro país, en la época del fascismo se practicaron los métodos de tortura entonces inventados, y no es necesario recordar que el aceite de ricino, método mussoliniano, se utilizó en este país contra los rebeldes políticos. Después se vieron cosas peores.

UN PROCESO DE DESCOMPOSICION

Quienes comenzamos nuestra formación intelectual antes del diez de marzo de 1952 conocimos una época de descomposición de las formas de vida de este país. El proceso de penetración del imperialismo había llegado a poner en quiebra todas las instituciones estatales, a desmembrar la fuerza de la nación, coronada por una estructura de corrupción administrativa sólo superada por Batista durante los años de tiranía. La disolución de todos los valores morales, la inversión de sentido de la vida, las concesiones más atroces a la pillería, produjeron la posibilidad de que un aventurero —un contrarrevolucionario de otra época—, apoyado por la fuerza militar concebida como una policía interior y no como un medio defensivo, con el visto bueno de una Cancillería extranjera y de ciertos planes de defensa, se apoderase del poder mediante un golpe criminal cuyos resultados todos conocemos.

No existía ningún pretexto para tal acción, la República, que seguía un ritmo suceptible de ser resuelto en unas elecciones, ni necesitaba ni admitía la acción de las fuerzas militares, para imponer su "orden" al desarrollo histórico de la nación. Pero ocurre que la reacción cubana se encuentra entre las más *reaccionarias* del mundo; el régimen anterior al diez de marzo no satisfacía sus ambiciones de mantener los obreros en una completa sumisión, de especular con la riqueza nacional, de disponer absolutamente de la vida y hacienda de los campesinos, y de todo el país. La reacción cubana consideraba que vivíamos en el "comunismo", el "desorden" —otro desorden del que entreveían las fuerzas democráticas—, y por lo tanto, era necesario imponer por la razón de las bayonetas un régimen militar que dispusiera del pueblo como de un clan dominado feudalmente, sin ningún destino, sin ningún derecho, a no ser aquel destino que ellos soñaban y el derecho que se otorgaban de explotar la nación como algo que les pertenecía en todas sus dimensiones.

El *Diez de Marzo* no fue el producto de Batista solamente, sino de todas las fuerzas reaccionarias conjuradas para silenciar la corriente democrática del país; para que el pueblo cubano, aparentemente, sancionara la acción del imperialismo, y se estableciese una cabeza de playa en esta isla para las fechorías ingerencistas que se aproximaban. Pero la reacción cubana no está aislada, por el contrario: obedece las consignas, necesidades, y órdenes concretas, en algunos casos, de poderosos grupos extranjeros, eso está ligado a la economía semicolonial del país, y a la naturaleza de los intereses que pesan sobre esa economía. La reacción cubana —extranjerizante hasta la médula—, es una mera marioneta, en la mayor parte de los casos, de los poderosos instalados en New York, que a través de ella han hecho y deshecho en este país. Han hecho a Batista y deshecho el ritmo democrático de la nación en la oportunidad que hemos descrito.

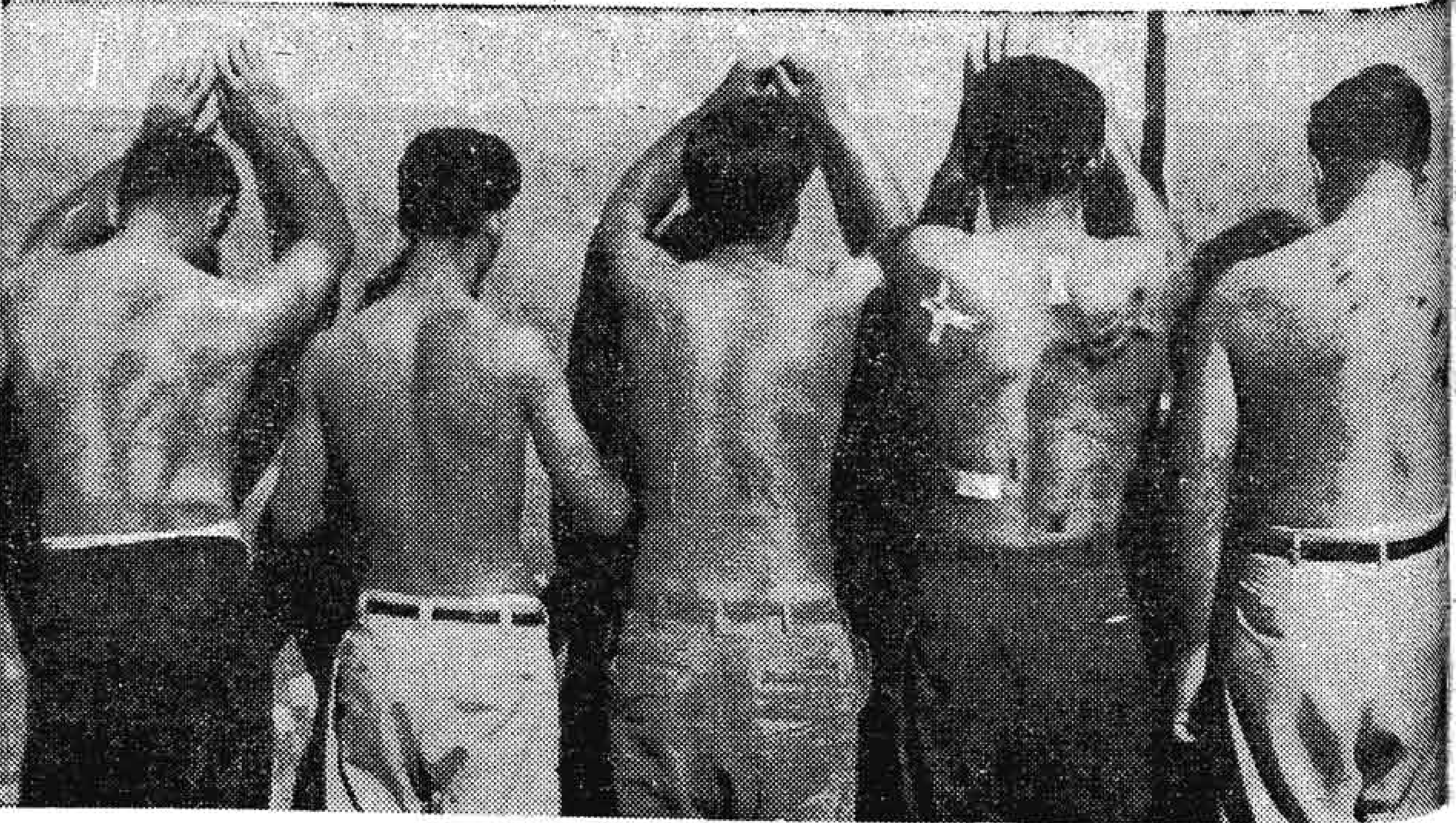
EL TIEMPO DE LOS ASESINOS

La acción de Batista era demasiado para el estado de conciencia del pueblo cubano. Inmediatamente después del golpe de estado, se empezó a organizar en Cuba la Resistencia —esto es de todos conocido, pero lo señalamos para enmarcar el sentido de lo que nos interesa. Entre los que se oponían al régimen de Batista, desde el primer momento fueron pocos los que comprendieron que la característica violenta de aquel régimen sólo podía ser destruída por la violencia, y entre esos pocos hubo sólo un grupo que comprendió qué tipo de violencia era necesario utilizar. Ese núcleo produjo el ataque al Cuartel Moncada el Veintiséis de Julio de 1953. De ahí surgió el Movimiento 26 de Julio. Lo importante para nuestro trabajo es que a la acción del pueblo contra la tiranía, la tiranía habría de responder con la tortura y el terror, con los mismos medios utilizados por Hitler, Franco y Mussolini, con otro sentido. No podía ser de otra manera, la naturaleza misma del régimen batistiano exigía de los que disfrutaban de sus beneficios la utilización de esos medios satánicos para intentar sostenerse en el poder.

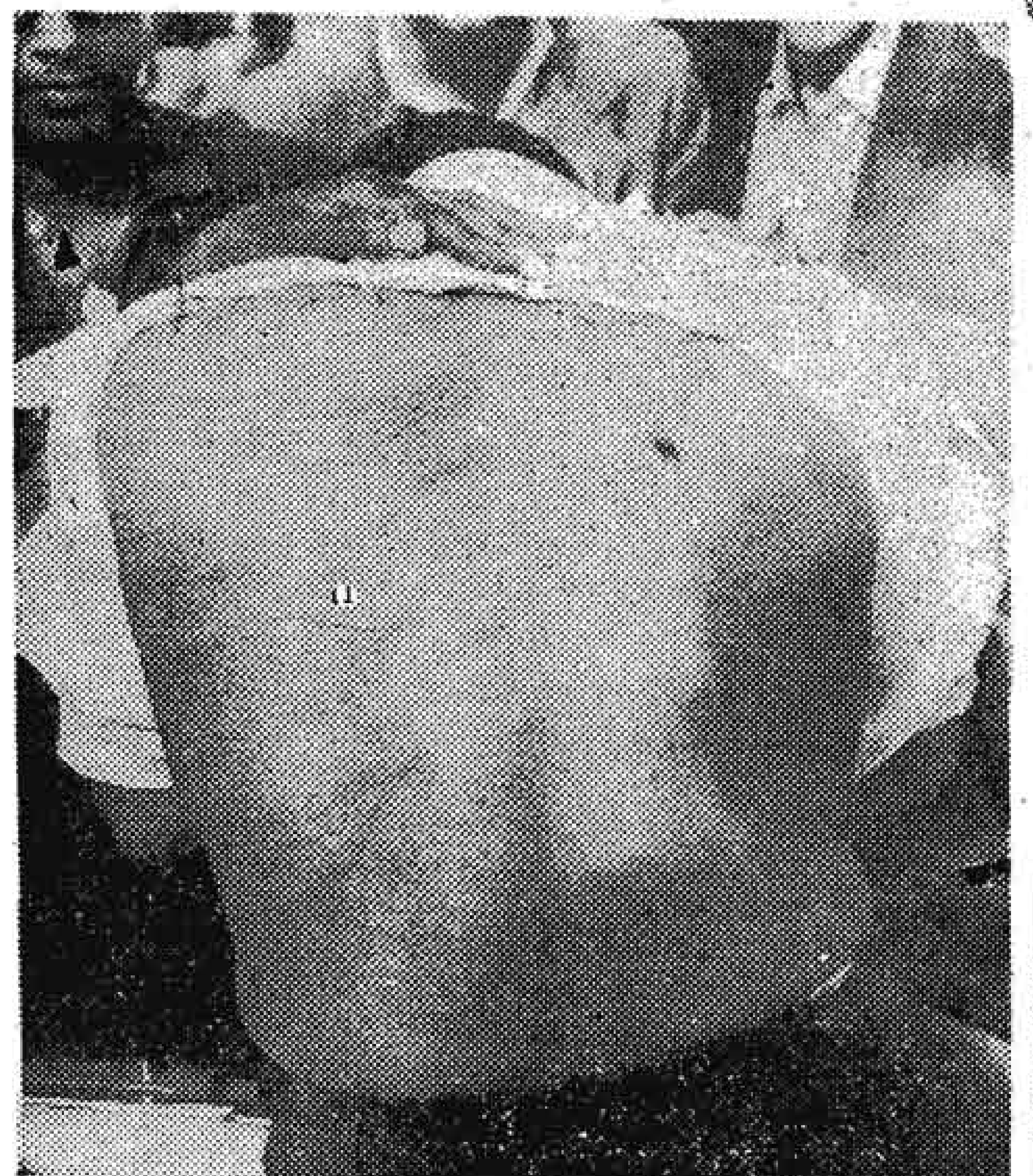
No somos de los que conceden al régimen de Batista otro sentido que el del absurdo. Al zahondar en su naturaleza, en sus proyecciones encontramos el absurdo en todas partes. El fascismo respondía directamente a la ideología del alto capital, al resentimiento militarista y a las convulsiones de la represión sufrida por los movimientos de izquierda. Pero Batista respondía a un régimen de gangsters: Cuba fue gobernada

por gangsters. Y eso resulta, en cierta medida, un absurdo político. La ideología del régimen de Batista, a nuestro entender, fue el gangsterismo. No había ningún falso valor ideológico que sostuviera aquéllo, aparte de la sumisión absoluta al imperialismo: los sicarios de Batista no aspiraban más que a enriquecerse, a disponer del dinero público. Y matar para enriquecerse no es otra cosa que gangsterismo. No tiene otra explicación, y es desde un punto de vista político algo que se acerca más al absurdo que a otra realidad.

Si hay una explicación del fenómeno como producto directo de la reacción feudalista, ahijada del imperialismo, también hay una dimensión espiritual del problema que es la más desoladora. Cuando en los años terribles veíamos lo que estaba sucediendo en Cuba, nos preguntábamos, ¿para qué matar, para qué torturar? Detrás de aquellas maniobras no había más que un fundamento sádico, un estado de enloquecimiento policíaco, con el impulso de una oligarquía sin pensamiento y sin capacidad política, que ponía en manos de los peores la defensa de sus intereses que eran los peores también. Sin embargo, es necesario decir que los mitos estú-



• *Grupo de jóvenes revolucionarios vil-mente torturados por los criminales de la tiranía.*



• *Uno de los últimos torturados por las alimañas de la tiranía. Muestra huellas de punzonazos, un fuerte hematoma en un costado y la espalda cruzada de fustazos.*

pidos que sostuvieron al nacifascismo no existían en Cuba, que ideológicamente los crímenes eran gratuitos, no teniendo otra dirección que el esfuerzo gangsteril por robar, matar, adquirir. Cuba fue un centro de tortura, bandolerismo y terror. Algo que los cubanos no deben olvidar hoy, porque, como dijo un periodista europeo, el crimen, la tortura y la represión se convirtió en Cuba en una forma de gobierno.

EL ESPECTACULO DEL CRIMEN

El absurdo de la tortura —el mismo que describiera Henri Alleg, en "La Question"—, tuvo en Cuba su imperio. El acto de mirar los instrumentos que utilizaron los gangsters para obtener la "confesión", es suficiente para llenar de un asco profundo, de perturbación intelectual y moral, física y mental al hombre civilizado. Ahí están las fotos de esa utilería demoníaca, centro de la náusea y del pavor, para resquebrajar el alma de cualquiera que sea capaz de sentir, de vivir, de pensar. Y todo eso para sostener un régimen sin otro sentido que la sumisión a la reacción nacional y extranjera, y al gangsterismo más absoluto.

En Cuba se produjo una regresión a las cámaras de tortura de la Edad Media, a los gabinetes sórdidos de la Inquisición a la depravación de la conciencia por medio del crimen. Eso está ligado a los nombres de Ventura, Martín Pérez, Carratalá, Merob Sosa, y una secuencia inmensa de torturadores y asesinos. El hecho de arrancar de cuajo las uñas, de golpear, de pinchar los ojos, de dar fuego a un ciudadano, de asesinar en una esquina a un combatiente, de traducir en crimen cualquier actividad digna por obtener la libertad y la seguridad para los cubanos, desgraciadamente, era tan corriente entre nosotros, tan asiduo, que no se separó del contenido real de nuestra existencia durante siete años de tiranía.

¿QUE SENTIDO TENIA TODO ESO?

Los sostenedores del régimen de Batista creían, quizás, que el terror elimina la conciencia, cuando el proceso es inverso; del terror surge siempre la voluntad libertaria de los pueblos; cuanto más hondo empuja el terror, más grande es la explosión posterior. El pequeño brote insurreccional que se internó en la Sierra Maestra en 1957 crecía a medida que la represión se acentuaba; la represión aumentaba para tratar de impedir la insurrección, pero no tenía más resultado que la radicalización de esa insurrección.

Hay que considerar que los asesinos al servicio de Batista no podían contar con permanecer en el poder. En otro caso, sería necesario



• *Cadáveres en el Central "Estrada Pa-ma". En "El Naranjal" donde había un cuartel del ejército capitaneado por Bermúdez, feroz asesino que escapó a la Justicia Revolucionaria.*

convenir en que la imbecilidad llega a extremos inauditos entre los hombres. El carácter gratuito de la tortura —que algunos sociólogos consideran ligado a antiguas supersticiones—, se expresaba en ellos. La lista de los torturados y asesinados sobrepasó las veinte mil víctimas. ¿Qué buscaban con todo eso? Es ahí donde la condición humana se desgarra más con respecto a esos acontecimientos; los cubanos han estado tan perdidos en esa red de infamias, que ni siquiera han logrado explicarse con lucidez lo aplastante de su contenido último.

LA REVOLUCION: UNA OLA DE JUSTICIA

Con el triunfo de las escuadras revolucionarias el primero de enero de 1959, la Revolución se impuso como primera tarea hacer justicia con los criminales de guerra, entonces surgió de parte de las agencias internacionales de noticias, la acusación de que en Cuba se producía una ola de sangre: esa misma prensa nunca habló de las torturas; el hecho de torturar y asesinar les parecía normal, necesario, porque en definitiva se hacía en holocausto de los intereses representados por esos cuerpos policíacos de prensa. En Cuba no hubo más que una ola de justicia que terminará con el último criminal de guerra, cuando sea erradicado con su ajusticiamiento, su recuerdo oscuro. La Revolución terminó, en Cuba, con ese tiempo de los asesinos de que habló Arthur Rimbaud en vísperas de la Comuna de París, en que el fusilamiento en masa de los obreros franceses desencadenó sobre el mundo el renacimiento del terror, la vuelta al espíritu medieval e inquisidor, que propugnan las reacciones de todo el mundo.

LA REVOLUCION

Aunque la Revolución va más allá y se propone arrancar del estado feudal en que se encontraba a la nación entera, el ajusticiamiento de los criminales de guerra es ya una victoria definitiva del pueblo cubano. Las radicales medidas del gobierno revolucionario —con el apoyo de todo el pueblo y todo el pensamiento de la nación—, están dirigidas a erradicar las bases sobre las que se fundamentó aquel mundo de terror. Todos conocemos este tétrico pasado. Si hablamos de él es porque un día cualquiera del mes pasado el terror llegó del aire, viaje... desde playas extranjeras.

El recuerdo del pasado puede ser una de nuestras mejores armas para cualquier combate futuro.

LA GANGRENA

CAPITULO I

por béchir
bounaza

Curiosamente aparecido en los estantes de una librería de La Habana, "La Gangrena" es un libro maldito en Francia: ningún librero se atreve a venderlo bajo pena de arresto, la edición entera (significativamente hecha en Suiza), fue recogida, las copias salvadas van de mano en mano. No es para menos: como "La Tortura" —publicada por "Lunes"—, "La Gangrena" es un testimonio de las torturas que la policía francesa practica sobre el cuerpo de los argelinos. El libro explica con la sencillez del reportaje, los pormenores. No hay que añadir más, excepto guardar esta evidencia para presentarla en el juicio a que algún día se someterá al "mundo libre". Como el "asombro" de los nazis en Nurenberg, se verá a Inglaterra negar los asesinatos en la tierra "Mau Mau", a Francia argüir sobre la crueldad inicial de los rebeldes africanos, a los Estados Unidos fingirse rodeados por las terribles minorías negras, latinoamericanas, indígenas.

Falta aclarar que el resto del magazine dedicado a la tortura y sus cultivadores en todas partes, es un esfuerzo por impedir que nuestro pueblo olvide —o deje de recordar—, las agonías del pasado y que a un tiempo piense en cuantos sufren todavía lo que nosotros sufrimos. Así podremos recibir el futuro preparados: el terrible pasado nos dará la fuerza para impedir que los castradores, los sadistas, los cobardes del [illegible] en la nuca regresen jamás.

Versión castellana de E. A.

Cuando uno se ha fijado como único fin el de obtener de un prisionero ciertos informes, todos los medios son buenos si son eficaces. El torturador sólo necesitaba sentirse seguro de su poder para no temer ser víctima a su vez de los suplicios que inventaba.

Cuando la experiencia de la historia le hizo volverse más modesto, el hombre estableció reglas que, al limitar su poder cuando resultaba vencedor, le protegían cuando era él el vencido. Y la fuerza renunció en parte a su dominio en beneficio del derecho.

Se dictaron leyes muy estrictas para proteger a los prisioneros de guerra. Pero no es beligerante quien quiere. Es necesario además que el adversario estime conveniente reconocerlo como tal. El "Rebelde" no puede disfrutar de las garantías del derecho internacional.

¿Le quedan, al menos, las del derecho común?

"Si existen indicios graves y concordantes contra una persona, suficientes para motivar su inculpación, el oficial de policía judicial deberá conducirla ante el procurador de la República sin poder guardarla a su disposición más de veinticuatro horas.

"El plazo previsto en el párrafo precedente puede ser prorrogado por veinticuatro horas más mediante autorización escrita del procurador de la República o del juez de instrucción.

"Después de veinticuatro horas, el examen médico será obligatorio si el detenido lo pide".

Estas son las garantías precisas enunciadas en los artículos 63 y 64 del Código Penal francés. Su redacción no deja lugar a equívoco alguno.

Pero la ley sobre los poderes especiales en Argelia y en Francia permite a los Prefectos y Ministros mandar a detener a cualquier sospechoso por un tiempo indeterminado.

Esa medida, estrictamente administrativa, no prevé por supuesto ni la asistencia de un médico ni la de un abogado. Bastará pues —y la Orden del 8 de Octubre de 1958 le autoriza expresamente— designar como sitio de residencia la comisaría de policía donde se "interroga" al sospechoso, y todo pasa como si las garantías de derecho común no hubiesen jamás existido.

Una vez abatidas las barreras tras las cuales se había creído poder mantenerla, la brutalidad se pone de nuevo en camino, sonriendo con sorna. Sólo un resto de vergüenza, último vestigio del pasado, le impide aun triunfar abiertamente; pero si seguimos callando ese último escrúpulo puede desaparecer mañana.

Individuos, cuyas declaraciones reproducimos a continuación y a quienes Francia afirma querer conceder la protección de sus leyes, han establecido querella, en Diciembre de 1958 y Enero de 1959, contra el que era entonces Director de Seguridad del Territorio, por "complicidad en golpes y heridas".

Esas querellas no han obtenido, hasta el presente, ni siquiera un simple careo.

LOS EDITORES

Fuí arrestado el 2 de diciembre de 1958 a las diez de la mañana en la calle Montmartre número 146, domicilio de mi amigo Naoui.

Los inspectores de la D. S. T. habían arrestado a éste y requisado en su domicilio los archivos del "Croissant Rouge". Naoui vivía solo y nadie le había advertido del peligro que corría.

Antes de que yo cayese en la ratonera preparada en casa de Naoui, la policía sabía ya quién yo era y había tenido tiempo de estudiar todos los documentos relativos a mis actividades:

—una lista de los detenidos y de sus familiares;

—las cuentas de los socorros distribuídos (20,000,000 de francos para el mes de noviembre en la región de París) a todos los detenidos musulmanes sin distinción;

—un llamamiento para una colecta de ropa de abrigo en favor de los hijos de los detenidos;

—la contabilidad de los gastos de textos escolares reembolsados;

—un llamamiento para una colecta de ropa de invierno para los condenados a muerte;

—un proyecto de folleto titulado "Chasse au facies" relatando las agresiones de la policía, no solamente contra los argelinos sino también tunecinos, marroquíes, italianos, griegos y portugueses;

—un proyecto de llamamiento contra el genocidio de la población civil de Argelia;

—en fin, el plan de un folleto sobre la tortura, con testimonios precisos y documentos médicos.

Apenas toqué el timbre tres inspectores me abrieron la puerta y me esposaron.

—Es él, dijo uno de ellos que parecía ser el jefe, y agregó mirándome fijamente: te conviene hablar; es un consejo gratuito que te doy.

—Si quiero, le respondí. Y le advierto que tengo buena memoria.

El otro se encogió de hombros y me dijo simplemente:

—Al diablo la Comisión de Salvaguardia. Cada vez que hay una queja contra nosotros el patrón nos concede un ascenso.

Un inspector agregó:

—Diles que vengan a vernos y los someteremos a los trámites habituales.

Comprendí que era inutil proseguir esa conversación y me callé. Los inspectores se sentaron, uno sobre la cama y los otros en sendas sillas, dejándome de pie. Unos minutos más tarde cuatro inspectores más aparecieron. Me llevaron con ellos y montamos todos en un automóvil que nos condujo directamente a la calle Saussaies.



● *Un patriota argelino sometido a las más bárbaras torturas...*

Después de atravesar el pasillo lleno de inspectores fui conducido a una sala donde el comisario Bigorre, asistido de una veintena de agentes, me tomó por su cuenta.

—Sabemos quien eres, me previno, después de quitarme las esposas.

Uno de los inspectores agregó:

—Buenos días, Pascal.

Oí:

—Te haremos orinar sangre.

—Te vamos a "pasar por la barra".

—Aquí le damos órdenes a todo el mundo, incluso a los jueces.

—Si estás demasiado averiado te tiraremos al río con un cartel que diga: "traidor al F. L. N.".

—En cambio, si hablas, te buscaremos un abogado de izquierda... y nos arreglaremos...

Supuse que esta comedia estaba dirigida a ponerme en "ambiente" antes de la intervención de los "especialistas". Mis reflexiones fueron interrumpidas por la voz del comisario:

—Tienes que decidirte inmediatamente, y no cuando todos tus compañeros hayan escapado.

Pensé: "Con tal que yo también tenga fuerzas suficientes para callar..."

Unos inspectores me vendaron los ojos con mi bufanda y me esposaron. Oí que el comisario decía:

—Si revienta, no olviden ponerle el cartel ni amarrarle una piedra en los pies.

Bajamos la escalera y llegamos al patio. Allí me hicieron subir a un automóvil que arrancó inmediatamente. Sería alrededor del mediodía. Hubo un momento en que el silencio me permitió comprender que salíamos de París y atravesábamos un bosque, o quizás el campo. Después de tres cuartos de hora de camino el auto se detuvo. Me hicieron descender, todavía con los ojos vendados. Atravesé un patio pavimentado. Subí cinco pisos. Me quitaron la venda de los ojos. Me encontré en una habitación vacía. La única ventana estaba provista de barrotes; vi algunas sillas, dos mesas, una estufa de carbón, paredes desvencijadas. Todos los agentes, excepto un inspector, abandonaron la pieza.

—Ellos saben, me dijo en árabe, que tú eres Pascal. Te conviene pues hablar. De otra forma te cortarán en pedacitos. Créeme, yo también soy tu hermano.

Me exhortó a evitarme suplicios inútiles:

—De nada te servirá negar, puesto que lo saben todo. De Gaulle va a hacer la paz; no es el momento de hacerte matar. Sería demasiado idiota.

Mi silencio le pareció sin duda un buen augurio y me propuso realizar él mismo el interrogatorio y conducirme, apenas evacuadas mis respuestas, ante el juez de instrucción, "su amigo Batigne".

Confirmando sus palabras, corrió a la puerta, la cual cerró con pestillo:

"Así dejarán de chivarnos", dijo en francés.

Entonces comenzaron las preguntas sobre mis "relaciones" con la Iglesia, con Gerlier, Carteron, el cardenal Liénart, la Cruz Roja Internacional, la Liga de los Derechos del Hombre, los abogados, especialmente aquéllos que los detenidos habían señalado como los más fieles y responsables.

—Todas sus conversaciones con sus clientes han sido grabadas. Son unos cornudos. Di pues lo que sabes y salvarás tu vida. ¿Comprendes?

No respondí. Paciente, encendió un cigarrillo. Yo aproveché el respiro que se me concedía. Había oído decir que la tortura eléctrica lo volvía a uno impotente, y la idea de que ya tenía un hijo me reconfortaba. Pero el policía renovó su proposición. Le dije: "No".

—Te lo habrás buscado, me dijo, dirigiéndose a la puerta. Regresó con diez de sus colegas.

—¡Cómo! ¿Le diste una silla a ese cornudo? ¿Y por qué no un sillón?, dijo un inspector halando hacia atrás mi silla. Caí al suelo. El grupo de inspectores se precipitó sobre mí y empezó a repartirme patadas por todo el cuerpo. Creo que es eso lo que ellos llaman "jugar al foot-ball".

Un cuarto de hora después se detuvieron. Me levanté. El inspector que hablaba árabe entró de nuevo en escena, mientras los otros se retiraban. Me trajo la mitad de un vaso de agua. Mi boca y mi nariz sangraban y bebí agua mezclada con mi sangre. El inspector pasó su pañuelo sobre mi rostro, luego me prodigó nuevamente sus consejos: "Deberías hablar de una vez, los otros no pueden perder tiempo esperándome".

"Si no tengo fuerzas para resistir hasta el final, pensé, por lo menos habrá ganado bastante tiempo M..., con quien estaba citado al mediodía, habrá tenido buen cuidado de advertir a los otros".

Dándose por vencido, el inspector llamó a sus colegas y se retiró de la habitación.

Los otros me ordenaron que me desvistiera y, como no lo hacía con rapidez suficiente para su gusto, puntearon la orden de nuevos puñetazos y patadas.

Mientras tanto, dos policías habían entrado trayendo consigo el dínamo, "Gégene".

Apenas estuve completamente desnudo me vendaron nuevamente los ojos, me hicieron agachar, me amarraron muñecas y tobillos, pasaron luego una barra de hierro por detrás de mis rodillas. En esa posición no podía agarrarme de nada y cualquier movimiento de defensa me resultaba imposible. Me levantaron y me dejaron colgando en el vacío, la cabeza hacia abajo, cada extremidad de la barra reposando sobre una mesa.

No dejaron de subrayar con palabras groseras la indecencia de mi posición. Después, dos de ellos enrollaron un alambre eléctrico alrededor de los dedos de mi mano y en mi pie derecho.

—Vamos a tomarte la presión arterial antes de torturarte, me dijeron una vez terminados los preparativos. Pero antes vamos a darnos un trago a tu salud.

Los oí abandonar la pieza. Era un entreacto, una prórroga destinada sin duda a aumentar mis temores. Por el silencio que me rodeaba supuse que estaba solo y traté mediante una contracción de las caderas de resbalar sobre la barra y aproximarme a una de las mesas, pero fue en vano. Traté entonces, agitando la cabeza, de quitarme la venda que me cubría los ojos. Tiempo perdido. Sentí en ese momento una presencia en la pieza, luego una mano me tocó el rostro. Era el especialista de la acción psicológica que había regresado:

—Habla. Habla rápido y te suelto en cinco minutos. Son tus relaciones con los curas y los abogados las que interesan al patrón. Que existan o no, ya sabes lo que esperamos de ti. Habla. ¡Qué más te dan los curas y los abogados!

Agregó en francés:

—Arréglatelas como puedas, por Dios, aquí están de nuevo.

Lo oí correr hacia la puerta:

—Ya, ya!, les gritó.

Regresó a mi lado y me conjuró por última vez a responderle.

Ya yo no lo escucho, estoy resignado a lo peor. Se aleja, los otros se acercan.

—¿Y bien?

—Y bien, no hay nada qué hacer.

La sesión comienza.

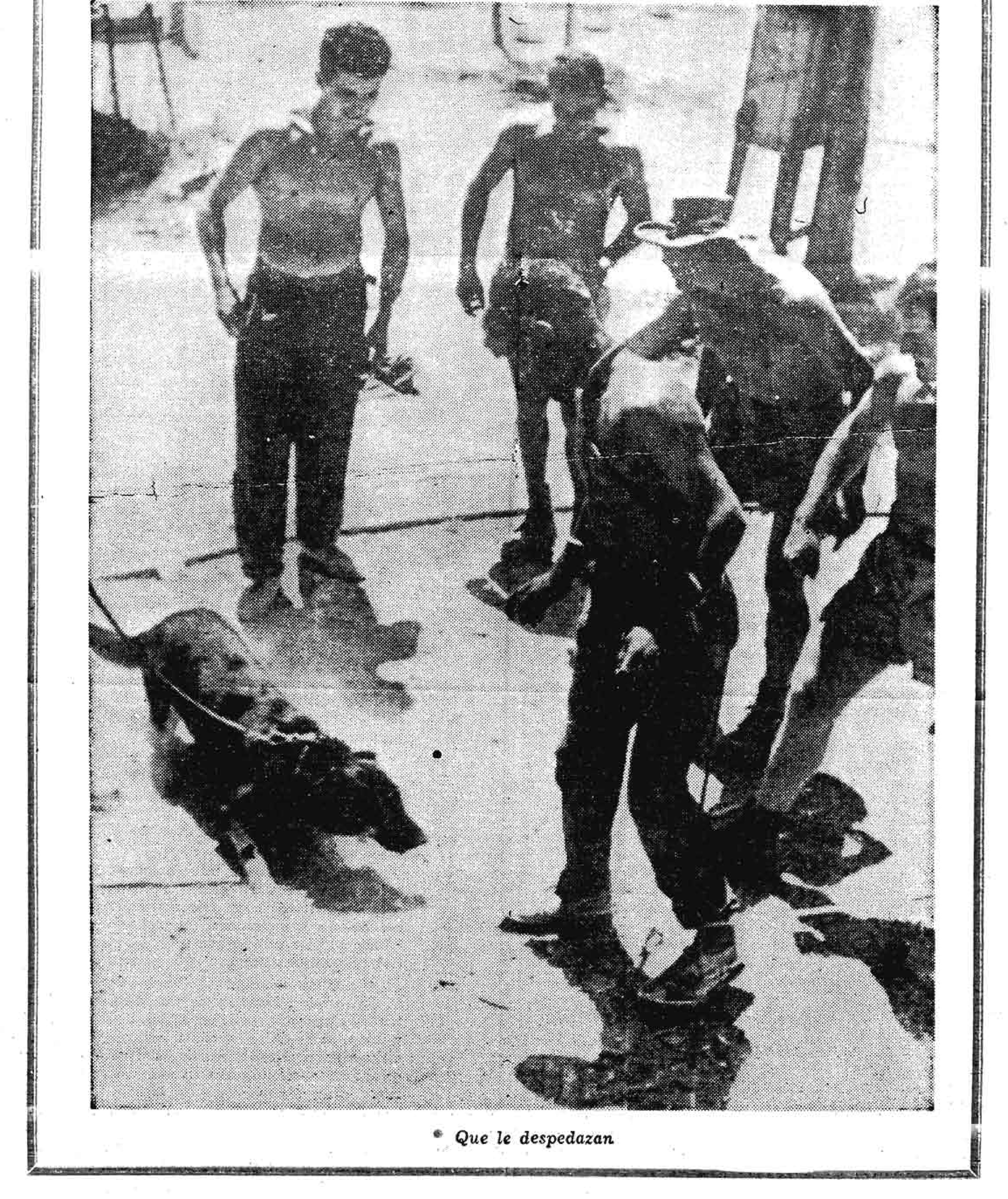
Uno de los policías debe estar manipulando a "Gégene"; a ratos me llega un ligero chirrido. Otro pasea los electrodos sobre mi cuerpo, demorándose, a petición de los otros, sobre mis órganos genitales. De vez en cuando se detiene mientras alguien me salpica con unas gotas de agua a fin de que "eso no deje marcas y duela más".

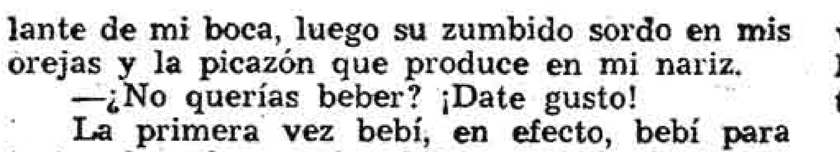
Para impedirme que grite los policías me han introducido un trapo en la boca. En un momento determinado creo que es agua lo que me están echando sobre el rostro, pero por la risa de los policías comprendo que uno de ellos orina sobre mí. Todo mi cuerpo está atravesado por vibraciones. Tengo la impresión de que la barra de hierro me corta las piernas y que éstas van a caer pedazo a pedazo. No puedo moverme, ni gritar. Me estremezco solamente, sin tregua.

La sesión dura una hora o dos, no podría precisarlo.

Después me desataron y mis guardias recomenzaron su "foot-ball", que duró quizás un cuarto de hora. Luego me condujeron, todavía desnudo y con los ojos vendados, a una sala vecina situada en el mismo piso. Oigo decir: "Hay que matar a ese cornudo".

Me acuestan boca abajo sobre un banco, la cabeza en el vacío y me amarran los brazos a lo largo del cuerpo. Siempre las mismas preguntas, a las cuales me niego una vez más a responder. Inclinando —muy lentamente— el banco, me sumergen la cabeza en una palangana llena de un líquido infecto: agua sucia y orine, probablemente. Percibo el glú-glú del líquido delante de mi boca, luego su zumbido sordo en mis orejas y la picazón que produce en mi nariz.





• *Que le despedazan*

—¿No querías beber? ¡Date gusto!

La primera vez bebí, en efecto, bebí para tratar de aplacar mi sed insoportable. Inmediatamente sentí ganas de vomitar.

—¡Está vomitando, el muy cornudo!

Y me sumergieron nuevamente la cabeza en la palangana.

De vez en cuando uno de ellos se sienta a horcajadas sobre mi espalda y hace presión sobre mis riñones.

Siento caer de nuevo en la palangana el agua que vomito. Luego el suplicio recomienza.

—Resiste, el muy cornudo.

A continuación me desataron, me quitaron la venda y me ordenaron que me vistiese. Tuve tiempo de mirarlos a todos ellos. Había uno grande, muy fuerte, de cabellos negros y rizados y con grandes entradas; otro de talla mediana con pómulos salientes y espejuelos; otro, grande también, pero de tez pálida y cabellos grises; otro más de alrededor de cuarenta y cinco años, con espejuelos negros, sombrero de fieltro, impermeable color kaki y rostro redondo.

Me esposaron nuevamente y nos encontramos una vez más en el patio. Me hicieron montar en un automóvil gris-crema, donde me vendaron otra vez los ojos y arrancamos.

Nos toma un cuarto de hora el salir de las calles con rumores de provincia. Luego, de nuevo el silencio. Me quitaron la venda cuando atravesábamos el Bosque de Bolonia. Era de noche. En la calle de Saussies me esperan unos inspectores, quienes me conducen a una habitación.

Veo a unos quince policías que rodean al señor Wybot, a quien reconozco por una foto suya publicada en "Jours de France" después de los arrestos de la calle Sampaix.

Una vez más las mismas preguntas me son formuladas por un inspector, el cual me abofetea porque yo no respondo. Al cabo de tres cuartos de hora o de una hora, el señor Wybot ordena que me lleven al sótano. Son exactamente las doce y media —según se expresa en el libro—registro, donde me inscriben con el nombre de Nelili Ali.

Paso la noche en esa celda. Al día siguiente, a las siete, me despiertan y conducen a la oficina del señor Bigorre. Sobre su mesa están todos los documentos que a mí se refieren. Mis verdugos de la víspera están junto a él, incluso el inspector que habla árabe. No me han permitido lavarme; no he comido desde la víspera; he sudado durante toda la noche y mis ropas llenas de vómito se me pegan a la piel.

Bigorre no intenta hacerme acusar a nadie, se contenta con interrogarme sobre los documentos de mi expediente. Continuará haciéndolo hasta la noche, sin que se me dé de comer. Cuando se va, un guardia me vigila. No es sino alrededor de media noche que logro comprarles a los guardianes algunos yogurts, a precios de bolsa negra.

Estos trámites se reproducen al día siguiente y luego cada día, hasta el 11 de diciembre.

El 4 ó el 5, hacia las siete, me crucé en un corredor con el señor Pelletier, ministro del Interior, quien venía sin duda a visitar al señor Wybot.

El 11 de diciembre, a las once, me encontraba en tal estado que el juez ordenó a un inspector que se me hiciera examinar por el médico del Ministerio.

Este exigió en mi presencia, por teléfono, que se me hospitalizara, y entregó un certificado a los policías que me acompañaban.

A la una de la tarde se me condujo de nuevo a mi celda. Al día siguiente, hacia las nueve, me llevaron al buró del comisario. Me leyó mi "confesión":

"Al disolverse la U.G.E.M.A. destruimos nuestros archivos.

"Omar existe. He oído decir que se fue, sea para Marruecos, sea para Túnez, sea para Alemania. Sí, lo vi una vez, pero sin hablarle.

"Yo concertaba mis citas en el Luxemburgo, el Bosque de Bolonia o en las plazas públicas.

"Los Wilayas no tienen un radio de acción bien determinado.

"Debe de haber varios Wilayas en la región parisiense.

"Yo trabajaba con Mohamed, de 1 metro y 70 de talla aproximada, de complexión débil, cabellos castaños cortados con navaja, que a veces usa espejuelos.

"La O.S. escapa a mi competencia. Ignoro todo lo relativo a sus actividades.

"El Sena separa dos Wilayas (yo pensé en el "slogan" de los últra-reaccionarios: "el Mediterráneo corta en dos a Francia...")

"Pienso que la Wilaya de París-Norte tiene su sede en París, puesto que su territorio comprende la parte Norte de la ciudad.

"La Wilaya de París-Centro tiene probablemente su sede en la parte Sur de París.

"Tomé la calle perpendicular a la estación, luego doblé a la izquierda en una gran avenida, después tomé la segunda o tercera calle a la derecha. No me acuerdo si había ascensor. Tampoco me acuerdo del nombre de la mujer..."

Reí sin poder contenerme. El comisario me abofeteó y dijo:

—Sé muy bien que es una sarta de mentiras. Por parte, ni tú mismo las comprendes ni recuerdas.

—Entonces, ¿para qué anotarlas?

—Para probar que hablaste.

—Eso le ha hecho perder diez días.

Comprendía que ya no podían retenerme, que afuera los hermanos se ocupaban de mí. Ellos habían podido constatar que no nos habíamos debilitado. Todo ello me embriagaba.

El comisario me empujó hacia el corredor.

—¡Piérdete!, me dijo.

Los inspectores me llevaron de nuevo a mi celda.

Al día siguiente, a las once, fui transferido a la comisaría. Pasé media hora en el departamento de Antropométrica, soportando los insultos de los policías, sus amenazas y sus burlas: "Feto", "Tullido", "Te vamos a ablandar", "Te vamos a dar corriente en los testículos" (parecían ignorar que ya yo había pasado por todo eso), "Bourguiba se encargará de ti".

A las tres me presentaron, esposado, al señor Batigne, juez de instrucción. Contempló mi barba de doce días, mi rostro tumefacto, las postillas que había sobre mi nariz, y me dijo tan sólo:

—Está usted acusado de atentar contra la seguridad del Estado y de restablecer una organización disuelta por la Ley. Se le enviará detenido a Fresnes.

Lo miré largamente, sin decir palabra.

—¿Qué quiere?, me preguntó.

No respondí.

Se dirigió a los guardias:

—Llévenselo.

Veo desfilar ante mí, por milésima vez las imágenes de un film cuyos actores y víctimas fueron mis amigos más queridos.

Era el 10 de Mayo de 1945 en Kerrata, mi pueblo natal. Hanouz Arab, médico auxiliar, a quien se reprochaba el ser secretario de la Asociación local de cultura y asistencia social, era conducido con sus tres hijos, el menor de los cuales tenía mi edad, ante la casa del señor-colono del pueblo. Allí, en la plaza, entre los aplausos de toda la población europea, los Hanouz fueron torturados por los legionarios durante varias horas.

Por la noche, cuando ya no podían moverse pero aún respiraban, los soldados obligaron a los musulmanes a desfilar ante aquellos cuatro cuerpos tendidos de cara contra el suelo. Transportaron luego a los Hanouz hasta un puente, a tres kilómetros del lugar, y los precipitaron desde una altura de cincuenta metros al barranco.

Desde entonces los habitantes de mi aldea llaman a ese puente "el puente de los Hanouz". Algunos meses más tarde, varios amigos y yo pudimos al fin sepultar los huesos del señor Hanouz y de sus hijos Tayeb, Madjid y Hanafi. Al día siguiente abandoné la aldea, a donde no regresé hasta 1952.

Esos procedimientos se han generalizado desde 1954. Tuve la ocasión de presentar al Prefecto Lambert a un compatriota en cuyas manos no quedaban más que el anular y el meñique; los otros dedos habían sido arrancados con tenazas durante un "interrogatorio". Los soldados le llamaban despectivamente "el cangrejo". El Prefecto nos respondió que debía considerarse afortunado de vivir aún.

Después de mi arresto me enteré de que mis tres tíos habían sido fusilados.

Mi suplicio ha sido insignificante, comparado con los de mis hermanos y hermanas de Argelia, quemados vivos, mutilados, humillados, violados, empalados o despedazados. Pero la voz de mis hermanos no llega ya hasta Francia, y la sola razón por la cual hablo aquí es que espero que mi voz, sin duda más débil, pero más próxima, tenga quizás más posibilidades de llegar.

Bechir Boumaza

31 años, agente de comercio.



Acosado por perros adiestrados...



El prisionero es azotado sin piedad...

Una Paloma Para Graciela

(Historia trágica en tres actos)

por raúl gonzález
de cascorro



PERSONAJES

(Por orden de aparición)

GONZALO (Dueño de la finca)
ARISTIDES (Administrador del Centro Comercial)
DOLORES (Sirvienta de hace muchos años)
MARTIN (Campesino de la zona)
GERARDO (Adolescente hijo de Martín)
GRACIELA (Hija de Gonzalo)
IDIOTA (El que trae el mensaje)
MADRE (Madre de Graciela)
EPOCA: Actual

(La obra transcurre en Cuba, en una de las Colonias de Don Gonzalo, cercana a la línea del ferrocarril, a un puesto de la rural y a un central azucarero).

Diciembre 1956

ACTOS

Primero: Una tarde de Noviembre.
Segundo: Un mes después: atardecer de Diciembre y luego la noche de ese mismo día.
Tercero: (Primer cuadro) Quince días después. Por la mañana. (Segundo cuadro) Diez días después, por la noche.

ESCENARIO:

Habitación amplia de una casa campestre de madera, construida hace 25 años, por dueños acomodados, aunque los muebles, decoración, etc., no han evolucionado, notándose cierta sordidez en el ambiente.

A la derecha, en un espacio menor que el de la izquierda y más elevado, está el cuarto de Graciela, con una ventana grande al fondo, de rejas y enredaderas. A la derecha, en la pared y sobre la cama, un retrato-medallón antiguo con la fotografía de la madre cuando era joven, que se parece a ella. Al lado de la cama una coqueta con su espejo y su butaca. Cerca de la ventana un armario. A la izquierda de esta habitación, una puerta que comunica con la sala- comedor. En el frente del cuarto, que no llega hasta el borde del escenario, unos peldaños rústicos bajan a la terraza-patio, con una puerta de tela metálica entre la escalera y el cuarto. A la izquierda de la terraza, queda la pared imaginaria de la otra habitación. A la derecha de la terraza, una entrada exterior, correspondiente al jardín-patio que rodea la casa.

A la izquierda del cuarto de Graciela, en un espacio mayor, se encuentra el comedor-despacho-recibidor. Al fondo y a la izquierda, unas escaleras de madera que conducen a las habitaciones altas. En la pared correspondiente a la escalera, un retrato-medallón con la fotografía del padre y dos escopetas de caza. A la derecha, fondo, una puerta amplia, doble (de tela metálica y madera) que da al portal y exterior. Pegado a las escaleras, un buró, escritorio antiguo de corredera, con una silla giratoria. Hacia el centro una mesa con cuatro sillas. A la izquierda, una puerta que conduce a la cocina y dependencias de la servidumbre.

ACTO PRIMERO

Al comenzar la obra, Gonzalo y Arístides hablan de negocios. El primero es un hombre de unos sesenta años, recio a pesar del tiempo, o mejor, por el tiempo que lo ha batido y abatido, formándole una costra que lo hace invulnerable a los pequeños sentimientos cotidianos. Es firme, autoritario, dueño de sus actos. No hay un titubeo en su actuación y está acostumbrado a que se cumpla su voluntad. Arístides —de unos 50 años— es un tipo hipócrita, sumiso; sometido incondicionalmente al alcohol y a Don Gonzalo, al que le administra su Departamento Comercial en la Colonia y le sirve de hábil pantalla en lo que se refiere a los negocios sucios de su amo. Su presencia física causa la misma repulsión que su moral: es como una preparación al espectador a quien no podrá engañar, como no engaña a ninguno de los trabajadores de la Colonia ni a los escasos habitantes del Central cercano. Es un tipo que ante su amo a todo dice que sí, y para quien la dignidad humana es una cosa desconocida.

Don Gonzalo está sentado ante el escritorio antiguo y a su lado, con la atención nerviosa que estereotipa la sumisión de años, le escucha atento Arístides.

GONZALO:— **(Después de revisar en silencio algunos cálculos)** ¡No podemos seguir de esta forma! Las cuentas crecen; nadie paga. ¡Tal parece que pretendes llevarnos al barril!

ARISTIDES:— **(Con sumisión que da asco)** No diga eso, Don Gonzalo. Usted sabe que es imposible encuentre a un Administrador más atento a sus intereses que yo...

GONZALO:— **(Lo interrumpe con incomodidad estudiada que ya conoce Arístides).** —¿Y esta montaña de cuentas? ¿Es que crees que el dinero me cae del cielo? ¿O que el Departamento Comercial es un asilo para vagos?

ARISTIDES:— **(Que ya está acostumbrado a esas escenas)** Estamos a finales del tiempo muerto. Han firmado vales...

GONZALO:—¡Vales, vales...! ¡Papeles! ¿Qué hago yo con eso? ¿Con qué van a responder?

ARISTIDES:— **(Como en tono confidencial)** Tienen brazos... tienen brazos descansados, esperando la zafra...

GONZALO:— —Lo que se sobra son brazos. Necesitas un trabajador y se te presentan cien. Crecen como la yerba mala.

ARISTIDES:— —Pero tiene que pagarles con efectivo. Mientras que estos... Los víveres que reciben los pagan al doble: el hambre es mala consejera.

GONZALO:— —Pero hay algunos que han cogido como para estar trabajando tres zafras seguidas. A este mismo Gregorio López: no te has cansado de fiarle víveres...

ARISTIDES:— **(Ladino)** Tiene ocho hijos con hambre...

GONZALO:— —¿Y por qué no se entretiene en otra cosa?

ARISTIDES:— —...y tiene un pedazo de tierra que colinda con lo suyo...

GONZALO:— **(Le brillan los ojos por la avaricia)** —¿Por qué lado?

ARISTIDES:— —Por el camino de la Matanza.

GONZALO:— —Siempre quise agrandar la finca por ese lado. Y ese pedazo me rompía la combinación.

ARISTIDES:— —Ahora no será así.

GONZALO:— —¿Firmó el papel?

ARISTIDES:— **(Gozoso del servicio cumplido)** —Sí. Ahí está.

GONZALO:— **(Revuelve los papeles, como ave de rapiña, y lo encuentra)** —Es este... **(Lo acaricia como a algo querido y deseado)** Me había olvidado de ese testarudo... **(Se vuelve de pronto a Arístides)** ¿Cómo lo conseguiste?

ARISTIDES:— —Se le enfermó un muchacho. El curandero le había matado a otro. Por lo que se decidió a ir por el médico. Pero el médico le dijo que no iba más de gratis. Y en la farmacia no le abrieron crédito.

GONZALO:— **(Con cierta repulsión)** —No me hables de tragedias. Esos estúpidos, teniendo hijos como si fueran perros...

ARISTIDES:— —No tienen cerebro; se empeñan hasta los ojos cuando se les enferma un muchacho. Y total; si debían de alegrarse: una boca menos...

GONZALO:— **(Molesto)** —¡Calla! No quiero que me hables de otra cosa que de negocios. Es para lo único que sirves. Si es que sirves para algo.

ARISTIDES:— —Perdone, Don Gonzalo. No quiero que se moleste. Hoy es un día bueno para sus negocios.

GONZALO:— **(Con el papel aún en la mano)** —¡No me dirás que por esta porquería vamos a descorchar champán!

ARISTIDES:— —No tanto... pero un poco de cogñac, un traguito, no vendría mal...

GONZALO:— —¿Has vuelto a tomar?

ARISTIDES:— —No sin su consentimiento.

GONZALO:— —No quiero borrachos administrando

mis cosas. Después se vuelven sentimentales o idiotas. Y uno es el que pierde.

ARISTIDES:— —Le juro que no he vuelto a probar un trago. Pero es que hoy... me hace falta.

GONZALO:— **(Presumiendo la respuesta)** ¿Hay algo grande para hoy?

ARISTIDES:— —Es el dsalojo de Martín.

GONZALO:— —¿Está todo listo?

ARISTIDES:— —Todo. Pero él insiste en que no se va.

GONZALO:— —Busca a la rural, que bien cerca la tenemos.

ARISTIDES:— —En eso no hay problemas; pero...

GONZALO:— —¿Qué? ¿Tienes miedo?

ARISTIDES:— —Ya usted sabe del pie que cojea.

GONZALO:— **(Saca del escritorio un cinto con un revólver y se lo ajusta)** Iré contigo.

ARISTIDES:— —Al hombre se le ha metido en la cabeza que eso no se lo podemos quitar. Que él firmó el papel, pero que no le dijimos lo que decía.

GONZALO:— —¿Le dijimos? Tú fuiste el que hizo el negocio.

ARISTIDES:— **(Casi sin atreverse)** Usted sabe que en nombre suyo...

GONZALO:— —Mi nombre no debe de aparecer en nada.

ARISTIDES:— —No, si no aparece. Y él firmó.

GONZALO:— —¿No le dejaste que leyera?

GONZALO:— —Me dijeron que querías verme. Pero no sabía que venías acompañado.

MARTIN:— —Es mi hijo.

GONZALO:— —Es un muchacho fuerte. Puede ayudarte.

MARTIN:— —Lo hace desde que era así **(señala con una mano el tamaño tomando por base el suelo).**

GONZALO:— —Eso es bueno. Porque yo no voy a poder seguirte ayudando toda la vida.

MARTIN:— —De'so quería hablarle.

GONZALO:— —Tú dirás.

MARTIN:— —Me dijo Arístides que hoy vencía el plazo. Que me iban a despojar del terrenito.

GONZALO:— —¿Despojarte? Tú me conoces bien para que pienses eso.

MARTIN:— **(Que ciertamente lo conoce con turbación)** Sí... lo conozco...

GONZALO:— —Soy incapaz de aprovecharme de la miseria ajena.

MARTIN:— —Entonces... ¿no va el desalojo?

GONZALO:— —¿Quién piensa en eso? Yo nunca lo he pensado.

MARTIN:— —Pero Arístides dijo... los papeles...

GONZALO:— —¿Firmaste algo?

MARTIN:— —Unos papeles. Me dijo que era el trámite; pero que no pasaría nada.

GONZALO:— **(Se queda pensativo, en estudiada pose)** Si firmaste un documento donde respondiera tu tierra.. pues, tienes que cumplir.

MARTIN:— —Pero es que él me dijo que no pasaría nada.

GONZALO:— —Nadie da las cosas de gratis. ¿Y por qué no leiste lo que firmaste?

MARTIN:— —Yo no sé leer, señor...

GONZALO:— —Hubieras llevado a tu hijo.

MARTIN:— **(Traga saliva, que no quiere pasar por la garganta)** En la escuela del Central no los dejan ir descalzos. Y entonces eran cinco. No podía

GONZALO:— **(Dispuesto ya a terminar la entrevista).** Yo haré algo. Voy a hablar con Arístides, que sigue siendo mi amigo. Y le pediré te dé un nuevo plazo. Y si la fatalidad quiere que no puedas cumplir...

MARTIN:— **(Con firmeza).** Yo no quiero perder el sitio. No puedo perderlo. Mi padre lo heredó de su padre. Y mis hijos no van a ser menos. Si me lo van a quitar, me cuelgo de una guásima. Pero antes me llevo a dos o tres por delante.

GONZALO:— —¡Vamos! La cosa no es para tanto. No me dejaste terminar. Si da la casualidad que lo pierdes, pues yo le compro a Arístides su parte. Y te permitiré que trabajes en él, a partido. Mira: si quieres mándame a tu hijo mañana. Hay que hacer algunos trabajos de chapea alrededor de la casa y él puede servirme. Siempre ganará algo.

MARTIN:— **(Confuso; sin saber si ha ganado o perdido).** ¡Gracias, gracias! Yo lo dejo en sus manos. El muchacho vendrá mañana. Se llama Gerardo. El es fuerte: fíjese **(le toca los molleros al hijo).** Mándele como a un hijo. Y si necesita a una muchacha pa'que le sirva...

GONZALO:— **(Sin levantarse de la silla).** No, no; con él me basta. Vete tranquilo. Yo me encargo de eso.

(Le da las espaldas a ambos. Enciende lentamente un tabaco y continúa en su trabajo. Los dos hombres, indecisos, se han quedado esperando que él diga algo más. Por fin el joven le hala la camisa al padre y le indica con la cabeza que salga. Ambos salen por la izquierda.)

(Arístides baja con precaución las escaleras.)

GONZALO:— **(Sin levantar la vista de su trabajo).** Ya puedes bajar, jutía.

ARISTIDES:— —No me las quiero entender con ése. Se dice que fue él quien macheteó al mulato del corte.

ILUSTRACIONES DE FORNES



ARISTIDES:— —Firmó con los dos dedos... No sabe leer.

GONZALO:— —Ya verás como se amansa...

(Van a salir. Dolores entra por la puerta de la izquierda. Es una sirvienta de hace años, amoldada a los dueños de la casa. Se le estima y respeta porque conoce más de un secreto familiar).

DOLORES:— —Quieren verlo, señor.

GONZALO:— —¿Quién?

DOLORES:— —Martín, el del cocal.

(Los dos hombres se miran; uno con cara de triunfo; otro con cara de susto).

GONZALO:— —La paloma viene a la trampa.

ARISTIDES:— —O el majá.

GONZALO:— —Donde hay hombre no hay fantasma. **(A Dolores).** Dile que qué quiere.

DOLORES:— —Ya se lo pregunté; pero dice que tiene que ser con usted.

GONZALO:— —Está bien. Dile que entre **(A Arístides).** Tú sabes. Eres muy cobarde para enfrentarte a él.

(Dolores sale de la habitación y Arístides va a las habitaciones de arriba. Gonzalo se sienta ante el escritorio, aparentando que revisa unos papeles.

Dolores abre la puerta a Martín y a su hijo Gerardo, un muchacho fuerte de unos 18 años, que anda descalzo. La sirvienta los deja solos. Martín tiene el sombrero de guano entre sus manos. El nerviosismo contrasta con su cuerpo ancho y curtido. Hay un silencio pesado, que rompe Gonzalo al volverse en su silla giratoria).

haber zapatos para todos. Y lo hice por parejo: no hubo zapatos para ninguno.

GONZALO:— —Bueno... si puedo hacer algo por ti.

MARTIN:— —Quiero que me dé otro plazo.

GONZALO:— —Ya sabes que el Centro Comercial no es mío solamente.

MARTIN:— —La gente dice que sí; que Arístides no pinta ná.

GONZALO:— —La gente no sabe lo que dice.

MARTIN:— —Usté puede hacer algo.

GONZALO:— —No sé qué pueda hacer.

MARTIN:— —Un nuevo plazo.

GONZALO:— —¿Y si lo perdieras, a pesar de todo?

MARTIN:— —Ahora viene la zafra. Dicen que va a ser buena.

GONZALO:— —¿Tienes trabajo fijo?

MARTIN:— —Lo pediré.

GONZALO:— —El tiempo muerto va acumulando deudas. ¿Cómo salir de ellas?

MARTIN:— **(Con gradual desesperación, creciente)** ¿Y qué hago en tiempo muerto sin el sitio? Por lo menos puede sembrar boniatos...

GONZALO:— —Puedes buscar fortuna por otros lados.

MARTIN:— —¿Dónde?... El año pasado se fue mi hermano Tomás pal'pueblo y ya está aquí de nuevo... Pasaron hambre debajo de las alcantarillas. Y por allá dejó a dos de los muchachos.

GONZALO:— —¿Colocados?

MARTIN:— —No... ¡muertos!

GONZALO:— —No tenía motivos.

ARISTIDES:— —Le rondaba la hija.

GONZALO **(Interesado)** ¿La que me dijo quería traer?

ARISTIDES:— **(Sabiendo cuáles son las flaquezas de su amo).** ¿Y por qué no? Usted los tiene en su poder. **(Le brillan los ojos de viejo libertino).** Tiene un cuerpo que se le quiere salir de la bata... y unos senos duros, redondos como dos bergamotas.

GONZALO:— **(Recordando algo desagradable).** ¡No quiero más problemas con vejigas!

ARISTIDES:— —Si ésta ya pasó de los catorce.

GONZALO:— —Igual me dijiste la otra vez. Y ya sabes todo el problema que vino atrás, que hasta tuvo que enterarse Graciela. ¡Si no fuera que el pobre idiota aquél se quiso hacer cargo de ella!

ARISTIDES:— —Martín se lo agradecerá Cuándo más dichoso que usted pusiera los ojos en su hija.

GONZALO:— **(Con brusquedad).** ¿Crees que no tengo sentidos? ¿No te das cuenta que ya soy un viejo, para andar en aventuras con niñas?

ARISTIDES:— —Usted tiene la edad propia para apreciar esos platos...

GONZALO:— Tengo la edad que te da tu servilismo, viejo borracho. Cógela para ti si la quieres. Pero no venga a esta casa. No olvides que tengo una hija.

ARISTIDES:— Ella no tiene que enterarse. Lo que se sobran son lugares...

GONZALO:— ¡Cállate! **(Va hacia la alacena o aparador y le sirve coñac)** Toma un trago. Hoy es día

de negocios, no de mujeres. **(Beben)** Eso lo dejamos para mañana...

ARISTIDES:— (Le hace un guiño) Soy un gran catador. Déjelo de mi cuenta. **(Vuelven a servirse coñac).**

GONZALO:— Apúrame a la gente. El mes que viene rompemos con la zafra. Hay que exprimirlos, como a las cañas...

ARISTIDES:— (Ríe, con los ojos encendidos por el coñac que ha vuelto a tomar) Ya son bagazo... **(Alza nuevamente el vaso) (Entra Graciela por la puerta del fondo. Trae un pañuelo recogiéndole el pelo. Viste ropas que la hacen parecer poco atractiva y con más de sus 30 años amargos, que le han marchitado la belleza. Su rostro es duro, así como sus gestos, especialmente ante Arístides. La continencia que se ha impuesto, su vida aparte, la hacen amarga. Es un amargor que quisiera una grieta, para saltar, inundar a los demás y liberarse. El padre es el muro que contiene el agua del otro lado, dejándola seca, desolada).**

GRACIELA:— (Habla como si no estuviera presente Arístides, mientras se quita los guantes de cuero) Tuve que dejar la camioneta junto a la aguada. Está hecha un asco. Mándamela a limpiar. **(Mientras habla va de un lado a otro, como si pusiera cosas en orden)** Y al muchacho del cementerio no le pagues nada: la bóveda estaba sucia, con las agarraderas mohosas. Y se ve que hace exacto un mes que no deshierba.

ARISTIDES:— (Va hacia Graciela, con una careta de condolencia) ¡Qué pena! No me acordaba que hoy se cumple un nuevo aniversario. Iré por flores.

GRACIELA:— (Secamente, con una mirada que hace titubear a Arístides) Gracias. Ya le llevé suficientes. Mamá nunca lo pudo ver a usted. Evítele su odiosa presencia.

ARISTIDES:— (Titubea; cambia de color su cara estúpida) ¿Cómo puede saberlo, si usted era una niña...?

GRACIELA:— Hay cosas que no hace falta que nos las digan.

(Gonzalo le hace una señal significativa con los ojos. Arístides decide irse).

ARISTIDES:— Mañana le termino el informe. Hasta luego. **(Sale por la puerta del fondo).**

GRACIELA:— (Incómoda) No me gusta ver a ese viejo borracho en esta casa. Ofende la memoria de mamá.

GONZALO:— (Autoritario) Voy a prohibirte que vuelvas al cementerio. Son más de veinte años, seguidos, sin faltar un aniversario. ¿Ya no es suficiente?

GRACIELA:— Bien poco la recordamos. Una vez al año... unas horas cada año, acompañándola. ¿Qué le damos, comparado con lo que ella nos dió?

GONZALO:— Lo que ella hizo lo hubiera hecho cualquier madre.

GRACIELA:— (Pensativa) Cada año, cuando estoy junto a su tumba, me hago la misma pregunta: ¿por qué ella creyó que yo estaba dentro de la casa? ¿Por qué no pudieron avisarle que ya me habían sacado?

GONZALO:— Te vas a volver loca. Deja a los muertos en paz. Lo que importa son los vivos: tú, nosotros.

GRACIELA:— (Angustiada) ¿Sufrió mucho? ¿Pudieron sacarla con vida?.

GONZALO:— Ya te he dicho que murió instantáneamente.

GRACIELA:— Pero él me dijo que había salido de la casa dando gritos, como una antorcha encendida...

GONZALO:— No tienes que creerle a ese estúpido. Murió asfixiada por el humo. Se desmayó. Y luego sufrió algunas quemaduras. Pero ya no sentía. Y no hablemos más de eso. Lo pasado no tiene remedio. Lo que importa es el hoy, el mañana.

GRACIELA:— (Transida de sumisión. Con la vista perdida en otra vida) Está bien papá... **(Entra al cuarto de la derecha, dejando la puerta abierta. Se sienta ante el espejo, quitándose el pañuelo y arreglándose algo el pelo, mientras habla)** Me encontré en la portada con Martín. Iba con el hijo mayor.

GONZALO:— Estuvieron aquí.

GRACIELA:— Me habló sobre un nuevo plazo.

GONZALO:— Se lo voy a conceder. Pero ya tiene perdido el terreno.

GRACIELA:— Me dijo lo que significaba ese pedazo de tierra para ellos. Es una herencia familiar. Ha sido de generación en generación y allí han nacido todos.

GONZALO:— (Que está trabajando en su escritorio) Hay que trabajar muy duro para conservar lo que se tiene.

GRACIELA:— El no ha hecho otra cosa más que trabajar.

GONZALO:— Pero cuando uno trabaja y comen diez bocas...

GRACIELA:— (Como abstraída) Yo hubiera querido que aquí hubiese diez bocas, en vez de dos.

GONZALO:— ¿Qué me dices?

GRACIELA:— (Se pone en pie y va hacia la puerta que comunica con la sala-comedor) ¡Que hubiera preferido que mamá viviera, y que hubieran tenido muchos hijos, muchos hermanos, muchos...!

GONZALO:— ¿Y morirnos de hambre?

GRACIELA:— ¿Qué importa? ¿No es mejor morirse de hambre que de soledad?

GONZALO:— (Severo) Tú no sabes lo que estás hablando. Tú no sabes lo que es verse sin un centavo, sin un pedazo de pan viejo con qué matar el hambre que nos ataca sin piedad los intestinos!

GRACIELA:— ¿Y tú, qué sabes tú de eso?

GONZALO:— Más de lo que te imaginas.

GRACIELA:— ¿Por qué no les dejas, entonces, el pedazo de tierra?

GONZALO:— No sé **(Pensativo)** El tiempo todo lo logra. Todo.

GRACIELA:— (Tratando de convencerlo; cambiando su táctica dura por otra con algo de dulzura sobre el amargor) Podrías hacer algo por ellos. Para nosotros no sería nada eso.

GONZALO:— Son tres caballerías que me empatan. Quiero sembrar más caña la próxima zafra.

GRACIELA:— ¿Para qué queremos tanto?

GONZALO:— No sabes lo que dices. Todo esto es para ti, para ti! **(Algo exaltado)** ¿Cómo quieres que te lo repita?

GRACIELA:— A mí me basta con poco.

GONZALO:— No pareces hija mía.

GRACIELA:— (Exasperada) ¿Para qué acumular, para qué más tierras... para quién?

GONZALO:— Te repito que son para ti.

GRACIELA:— ¿Pero a quién le dejaremos todo esto, a quién?

(Gonzalo guarda silencio un rato. Graciela lo mira, crispada, adolorida. Un tren pasa cerca. El ruido del pitazo hace que Graciela se lleve las manos a los oídos. Luego el ruido de la maquinaria la doblega el cuerpo, hasta casi partirlo).

GONZALO:— (Lentamente) Puedes casarte... todavía.

GRACIELA:— (Fuera de sí) ¿Con quién?

GONZALO:— Todos no te van a resultar como Arnaldo...

GRACIELA:— (Se vuelve a llevar las manos a los oídos y va, aprisa, hacia su cuarto) ¡No me lo nombres, no me lo nombres!

GONZALO:— (Va tras ella) Puedes casarte...

GRACIELA:— ¡Sabía que me lo ibas a recordar! ¡Sabía que estabas pensando en él, desde que sonó el pitazo del tren!

GONZALO:— Eres joven todavía. No todos te van a resultar igual.

(Graciela se sienta ante la coqueta y esconde su cara entre las manos) Haces mal en aferrarte a la idea de que volverá.

GRACIELA:— (Se vuelve al padre) ¿Pero por qué, por qué, si no hubo motivos? Y si los hubo, cuáles fueron? ¿cuáles?

GONZALO:— Un hombre que deja a una mujer plantada el mismo día de la boda...

GRACIELA:— ¡No me lo recuerdes!

GONZALO:— Tengo que hacerlo. Tienes que arrancártelo. Pensar que no ha existido nunca. Pensar que ha muerto.

GRACIELA:— (Se le encara, apasionada) ¡Muerto no. Ya es suficiente con llorar una muerte. El vive. Y vendrá a buscarme. Vendrá a buscarme, aunque tú pienses lo contrario.

GONZALO:— ¡Tienes que olvidarlo, tienes que olvidarlo!

GRACIELA:— El vendrá. Una mañana, o una tarde, o una noche cualquiera, el tren se detendrá en el apeadero. Y bajará él. Vendrá por mí. Y la casa se llenará de bocas, que me dirán mamá y pedirán agua y pan... Y habrá cuerpos pequeños corriendo por los potreros y montando en los caballos... ¡Será fiesta, fiesta todos los días!

GONZALO:— (Con pasión incómoda) Si eso es lo que yo quiero: que te cases, que tengas hijos... todos los que quieras. Para ellos son mis tierras.

GRACIELA:— (En éxtasis) Espera a que vuelva Arnaldo. Entonces los oirás gritar y correr... porque ya yo los siento, oigo sus voces pequeñas, llamándome. Están clamando desde el fondo de mi entraña. Y por las noches los siento correr por entre las naranjas, sobre las ramas del mango... Son mis hijos, mis pequeños...

GONZALO:— (Mueve la cabeza, vencido) Es demasiada tierra para nuestras dos tumbas... **(Se aleja)**

GRACIELA:— (Va hacia él. Lo hace volverse) ¿Vas a darle su tierra a Martín?

GONZALO:— (Secamente) No. Es mía.

GRACIELA:— (Insistiendo) Pero, ¿para qué más?

GONZALO:— Para sentir la sensación de ser poderoso. Es una droga. Se siente uno tan bien cuando mira por sobre los árboles y no llega a abarcar el límite...

(Gonzalo sube, lentamente, las escaleras que lo llevan a sus habitaciones. Graciela se queda mirándolo fijamente, hasta que desaparece. Vuelve a su cuarto, abatida. Se deja caer sobre la cama, mirando al techo. Suena el timbre de la puerta. Dolores, que entra por la izquierda, va a abrir. Un muchacho idiota está en el portal).

DOLORES:— ¿A quién busca?

IDIOTA:— Un recado para Don Gonzalo.

DOLORES:— Dime lo que sea.

IDIOTA:— Tiene que ser a él, a él solo.

DOLORES:— No puedes molestarlo.

IDIOTA:— Pues no se lo daré a usted.

DOLORES:— Pues te vas ahora mismo de aquí **(Le cierra la puerta)**

IDIOTA:— (Da con los puños en la puerta) ¡Abra, abra! Es un recado para Don Gonzalo, de su mujer! **(Graciela ha dado un brinco en la cama. Lentamente se pone en pie y escucha por la ventana del fondo. Dolores abre la puerta, precipitadamente).**

DOLORES:— ¡No grites! ¡Vas a alarmarlos! ¿Qué es lo que has dicho?

IDIOTA:— Tiene que ser a Don Gonzalo.

DOLORES:— ¿Qué dijiste? ¿De quién es el recado?

IDIOTA:— Se lo manda su mujer. La señora Graciela. Está muy enferma.

DOLORES:— No te muevas de aquí. No digas nada a nadie. Ahora te traigo a Don Gonzalo.

(Dolores sube las escaleras en busca de Gonzalo, momento que aprovecha Graciela para salir, con un temblor subiéndole por el cuerpo, hasta la voz).

GRACIELA:— ¿Qué haces aquí?

IDIOTA:— Tiene que ser a Don Gonzalo, ya me lo dijo ella.

GRACIELA:— ¿Quién es ella?

IDIOTA:— La mujer de Don Gonzalo.

GRACIELA:— Don Gonzalo no tiene mujer. Murió cuando yo era una niña.

IDIOTA:— Esta viva No ha muerto.

GRACIELA:— Estás equivocado. La mujer de Don Gonzalo está enterrada.

IDIOTA:— Le digo que está viva; la señora Graciela está viva.

GRACIELA:— (Abstraída) ¡Graciela! **(Desesperada)** ¿Dónde, dónde está esa mujer? ¿Quién es? ¿Dónde vive?

IDIOTA:— (Asustado) ¡No me haga nada, no me haga nada! ¡Yo prometí darle el recado a Don Gonzalo!

GRACIELA:— Dime dónde vive. ¿Dónde?

IDIOTA:— (Con miedo) En "Las Tres Rosas"... en "Las Tres Rosas"...

(En esos instantes Don Gonzalo baja las escaleras, corriendo).

GONZALO:— ¡Cállate! ¡No digas una palabra, imbécil, si no quieres que te corte la lengua!

GRACIELA:— (Cogiendo por la camisa al idiota) Dime si es mi madre, dime qué hace, qué hace...!

GONZALO:— (Baja aprisa y la separa del idiota) —¿Qué es lo que quieres? ¿No te dije que no vinieras más a esta casa?

IDIOTA:— (Casi llorando) —Es que la señora está muy mala. Me mandó que le diera este recado, a usted solo **(le alarga el papel).**

GONZALO:— (Lo coge y lo guarda en el puño) —Vete. Y no vuelvas más por aquí. Ya yo iré a verla.

(El idiota se va, miedoso. Dolores baja las escaleras y abraza a Graciela, que observa todo lo que está pasando, en el borde de la histeria).

GONZALO:— Vete a acostarte. Descansa un rato mientras llega la hora de la comida.

(Gonzalo comienza a subir las escaleras. La tarde comienza a caer. Graciela lo observa, como una alucinada. De pronto se desprende del abrazo de Dolores y sube las escaleras tras el padre, como una poseída).

GRACIELA:— ¡Dame ese papel, dámelo! ¡Quiero saber la verdad!

GONZALO:— (Luchando con ella) ¡Suelta, suelta, no me muerdas!

(Graciela trata de morderle la mano. Gonzalo hace un movimiento brusco y cae por las escaleras, hasta el piso).

GRACIELA:— (Desde lo alto, sujeta a los balaustres, mirándolo con ojos desorbitados) —Ese papel es de mi madre! ¡Vive... no ha muerto... fue mentira que muriera en el incendio! ¡Está viva, viva!

GONZALO:— (Desde el suelo, se ha llevado una mano a la espalda, retorciéndose de dolor) —¡Te juro que no! ¡Te juro que es otra mujer! Ella está muerta, está muerta!

(Se siente un pitazo del tren y luego el ruido de éste, al pasar. Graciela se lleva las manos a los oídos y contra el rostro).

GONZALO:— (Su voz se mezcla con el ruido del tren) —¡Está muerta, muerta!

(Oscuridad repentina, completa)

TELON

PUNTO DE MIRA

LOS ESTADOS UNIDOS POR DENTRO

por césar

leante

n el llamamiento de los escritores, artistas e intelectuales cubanos a sus colegas del mundo, aparecido la semana pasada en LUNES DE REVOLUCION, y en el cual se denunciaba, entre otras cosas, el ametrallamiento de La Habana y otros lugares de Cuba por aviones que habían despegado de territorio americano y se señalaba este hecho como una forma de la agresión del imperialismo norteamericano a los pueblos de América Latina, había un párrafo que fijaba claramente la diferencia que para el pueblo cubano y los pueblos de Hispanoamérica existe entre Gobierno y pueblo de los Estados Unidos. Este párrafo decía textualmente: "pues la acción imperialista contra la democracia cubana amenazaría igualmente a todos los pueblos del mundo, incluso al noble pueblo norteamericano, que es ajeno a esas maniobras".

En efecto, nosotros sabemos que el pueblo norteamericano es ajeno a esas maniobras y que él está amenazado —tanto o más que nosotros— por el poderoso consorcio de intereses económicos, militares y políticos que hoy rige los destinos de la nación norteña. Pueblo y Gobierno de los Estados Unidos no coinciden. Por el contrario, son fuerzas antagónicas. El pueblo norteamericano está sometido a una clique que ejerce un poder omnímodo sobre los millones de hombres y mujeres que pueblan ese vasto país. De hecho la tan proclamada democracia yanqui no es más que una democracia formal, detrás de la cual se ocultan los agresivos intereses económicos, militares y políticos, verdaderos amos de esa nación.

Que esto es así, lo pone de manifiesto el extraordinario libro del profesor Wright Mills "La élite del poder", verdadera radiografía de los Estados Unidos, disección minuciosa de ese gran cuerpo tan contradictorio. Una rápida ojeada sobre este libro nos revelará unos Estados Unidos sorprendente, desconocido para nosotros: la entraña de los verdaderos Estados Unidos. Veámoslo.

Para Wright Mills los Estados Unidos están gobernados —y lo demuestra— por una "élite" que agrupa a las Corporaciones Económicas (es decir, los grandes intereses industriales y financieros de la nación), las Entidades Militares (cuya cabeza es el Pentágono) y el Directorio Político. Son los tres altos círculos que dominan todas las actividades de los Estados Unidos, desde la venta de un automóvil hasta la política exterior del Gobierno. Las Corporaciones Económicas y las Fuerzas militares son los círculos de mayor ascendencia. Los políticos —por lo menos al uso tradicional, como profesional— han sido desplazados de una posición preeminente. Hoy día los políticos no son más que servidores del poder económico y se someten, en gran parte, a las decisiones militares del Estado Mayor Unificado. Pero, no obstante, cada uno de estos altos círculos coincide con los otros y por lo tanto los principales individuos de los tres círculos del poder —los señores de la guerra, los altos jefes de las empresas y el directorio político— tienden a unirse, "a formar la minoría del poder de los Estados Unidos".

Los ricos corporativos ocupan el pináculo de esta pirámide. Ellos gobiernan la economía de los Estados Unidos a través de sociedades anónimas. Controlan los medios de producción, y "controlar los medios de producción no es sólo controlar las cosas, sino también a los hombres que, no teniendo propiedad ninguna, son atraídos hacia ella para trabajar". Es decir, que el poder de estos señores de la industria, el comercio y las finanzas se ejerce sobre millones de seres desposeídos. Ellos constriñen y administran sus vidas. Posiblemente jamás en la historia del mundo ha existido un poder semejante. Una exigua minoría —las famosas "sesenta familias"— rigiendo el destino de una considerable porción de la humanidad.

Como toda minoría privilegiada, los altos jefes de las empresas, los señores del comercio, las "sesenta familias", son un coto cerrado. Los Estados Unidos no conocieron el feudalismo, pero han formado una nueva aristocracia: la aristocracia del dólar. Y dentro de esa aristocracia se mueven los poderosos jefes de la industria americana, los "reyes" del acero o del tabaco. Todo está previsto en esta alta clase. La educación de los hijos de los ricos corporativos es casi un ritual. Los hijos siguen los pasos de sus padres para que nada se altere. Como a su hora serán los herederos de sus millones, se les educa teniendo en cuenta exclusivamente esa meta. El hijo de una familia de la vieja clase alta neoyorquina está al cuidado de la niñera y de la madre hasta los cuatro años y después pasa al de una institutriz que habla francés e inglés. A los siete años ingresa en un internado exclusivista que posiblemente se llame San Pablo o San Marcos, Choate o Groton. Más tarde asistirá a la universidad de Princeton o Harvard o Yale. Dentro de estas universidades formará parte de las aún más exclusivas asociaciones de estudiantes de la Ivy League: si estudia en Harvard será, por ejemplo, miembro del Porcellian; si en Yale, del Delta Kappa Epsilon; y si en Princeton del Cottage o el Tiger. Todas éstas son asociaciones de estudiantes de las clases más altas —es decir, adineradas— de los Estados Unidos.

La niña de esa familia seguirá el mismo camino hasta los seis o siete años. A esa edad irá a una escuela privada diurna: la de Miss Chapin o la de Brearley. Al cumplir los catorce años acudirá a un internado, quizás al de San Timoteo, en Maryland, o al de Miss Porter, en Connecticut. Si ha de asistir a una universidad, se matriculará en Vassar o en Wellesley. Aquí, por primera vez, se mezclará con la clase media. Es necesario que conozca a los que están por debajo de ella. Esto forma parte de su "educación" y la manera en que las clases altas manifiestan sus "democracia". Después de terminar la escuela o la universidad, se casará y empezará a guiar a sus propios hijos de la misma manera que la guiaron a ella. El ritual no se alterará.

Pero a pesar de haber asistido a estas escuelas y universidades "los ricos corporativos —nos dice Wright Mills— carecen de ideología porque se consideran a sí mismos como hombres prácticos". Para ellos "de todos los valores posibles de la sociedad humana, uno y sólo uno es el verdaderamente soberano, verdaderamente universal, verdaderamente sólido y totalmente aceptable del hombre en los Estados Unidos: el dinero", porque "el dinero da el poder, y el poder da la libertad".

¿En qué forma ejercen ese "poder que da la libertad" los grandes millonarios norteamericanos? En primer lugar, como ya dijimos, controlando los medios de producción. Económicamente, la nación está en sus manos. Pero para garantizar ese control económico es necesario penetrar los círculos políticos, gubernamentales. Y así los señores de las enormes empresas financian campañas políticas para que sean electos los individuos que después han de servirlos desde el gobierno. "Los Mellon, los Pew y los Dupont han sido durante mucho tiempo contribuyentes de nota para campañas políticas" y "se dice que los multimillonarios tejanos emplean ahora su dinero en la política de treinta estados como mínimo". La penetración de los millonarios en los altos círculos políticos ha sido tan grande que un secretario del Interior, Douglas McKay, declaró cierta vez: "Estamos en el poder como un gobierno que representa los negocios y la industria". Y la soberbia de los señores de la empresa llegó a un grado tal que un alto ejecutivo de la General Motors hizo esta afirmación: "Lo que es bueno para la General Motors, es bueno para los Estados Unidos".

Respecto a los ricos corporativos —los que controlan la economía norteamericana— Wright Mills termina preguntándose: "¿Han sido y son actualmente políticamente activos?" Y su respuesta es: "Contrariamente a la leyenda oficial, al mito erudito y al folklore popular, la respuesta a esa pregunta es un complicado pero definitivo sí"

El segundo círculo de la élite del poder dominante en los Estados Unidos está compuesto por la castas militares, por "los señores de la guerra". Su influencia ha ido aumentando a partir de la Segunda Guerra Mundial, y "en la actualidad son más poderosos que nunca en la historia de la élite norteamericana". Intervienen cada vez más en las decisiones políticas y económicas de los Estados Unidos, hasta el extremo de que: "Desde el año 40, la hostilidad tradicional del Congreso hacia los militares se ha convertido en una especie de sumisión "confiada y amistosa". Están íntimamente ligados a la economía coorporativa. Generales como Mc Arthur y Doolittle ocuparon altos puestos ejecutivos en la empresa norteamericana al retirarse del servicio armado. Pero no conforme con todas las prerrogativas de que hoy disfruta "el militarismo americano comprende el esfuerzo de los militares por acrecentar su poder... la economía debe servirles; los políticos han de ser un instrumento con el cual, y en nombre del Estado, de la familia y de Dios, manejan a la nación en las guerras modernas".

Este afán de poderío del militarismo norteamericano es sumamente peligroso si se tiene en cuenta que esta minoría de la violencia "no tiene ningún concepto real de la paz, si no es como un incómodo interludio que existe precariamente por virtud del equilibrio del miedo mutuo. El único plan seriamente aceptado para la "paz" es la pistola cargada hasta la boca. En suma, se piensa que la guerra o un estado muy activo de preparación para ella, es la situación normal y parece ser que permanente de los Estados Unidos".

He ahí lo que piensa de la paz la camarilla militar norteamericana.

Pero hay más: la influencia militar no se manifiesta sólo en los altos círculos políticos y económicos, sino que trata de penetrar toda la población del país. Y la meta fundamental de esta penetración en el pueblo es: "definir la realidad de las relaciones internacionales en forma militar, presentar al ejército de una manera atrayente para los civiles y señalar la necesidad de ampliar los organismos militares". Y para lograr estos fines los jefes militares de Washington disponen de una vasta red de propaganda: "Diariamente, en tiempos de paz y de guerra, envían crónicas y artículos a la prensa, preparan guiones cinematográficos, hacen grabaciones y toman películas para los programas de radio y televisión".

Wright Mills concluye afirmando que en los Estados Unidos hay una camarilla militar —los señores de la guerra— que "ha revelado claramente sus tendencias militaristas". Y esta camarilla "se refiere a mucho más que a la ascendencia ejercida por los militares. Incluye una coincidencia de intereses y una coordinación de objetivos entre personajes económicos y políticos así como militares". Los tres círculos del poder dominante en Norteamérica firmemente unidos por intereses y objetivos comunes... en contra de los pueblos.

El Directorio Político —de acuerdo con Wright Mills— ocupa el tercer círculo de la élite del poder. Este es el menos pujante de los tres. Los señores de la economía y de la guerra lo han ido desplazando. Quizás, en última instancia, no es más que un servidor de los otros dos. Las corporaciones económicas y la camarilla militar lo han permeado. Tanto es así que la administración de Eisenhower "se compone de miembros y agentes de la riqueza corporativa y del alto mando militar, en difícil alianza con un grupo selecto de políticos de partido". Así los tres puestos primordiales del país (las secretarías de Estado, Hacienda y Defensa) se hallan

ocupadas por "un representante neoyorquino del primer bufete de la nación, que se ocupa de los intereses internacionales de Morgan y Rockefeller; por el ejecutivo de una compañía del Oeste Central y por el expresidente de las tres o cuatro corporaciones mayores y del primer productor de equipo militar de los Estados Unidos". Otros cuatro miembros del Gabinete pertenecen a la riqueza coorporativa: dos representantes de la General Motors, un director del primer banco de New England y un editor millonario de Tejas.

El "segundo equipo" que le sigue en jerarquía al Gabinete presidencial y que se encarga de las funciones administrativas está también integrado por "hijos de importantes hombres de negocios; doce estudiaron en la Ivy League y ellos mismos han sido con frecuencia hombres de negocios, banqueros o abogados a sueldo de las grandes compañías o miembros de bufetes importantes".

Como se ve, el Gobierno es una dependencia de los intereses económicos y militares... y "este reducido grupo de hombres se encarga de las decisiones hechas en nombre de los Estados Unidos" Tan aguda es esta situación que Wright Mills, para concluir, no puede menos que afirmar: "En los centros ejecutivos donde se toman las grandes decisiones no hay ahora políticos de partido profesionales, ni burócratas de profesión. Dichos centros se hallan en manos del directorio político de la élite del poder". Y ya hemos visto que ese directorio es una prolongación de los consorcios económico y militar de los Estados Unidos.

Estas son, a grandes rasgos, las características de los tres círculos de la élite del poder que rige a la nación norteamericana. Como se ha podido apreciar, constituyen una firme alianza de intereses. El poder es para ellos la continuidad de los beneficios de que disfrutan. Hablan a nombre de la nación y del pueblo americano, pero lo que defienden son sus prerrogativas y comodidades. Entre estos intereses y los del pueblo americano, no hay —no puede haber— nada en común.

Por eso dicen muy bien los escritores, artistas e intelectuales cubanos que la acción imperialista amenaza por igual a todos los pueblos del mundo, "incluso al noble pueblo norteamericano".

EL MOMENTO

por calvert *casey*

La Revolución atraviesa en estos momentos uno de los periodos difíciles que es preciso esperar y que hasta ahora, inexplicamente, no se habían producido, o si se habían producido, como en el momento de la renuncia necesaria del ex Presidente Urrutia, habían quedado solventados en pocas horas.

Inexplicablemente, repito, la Revolución se desarrolla a un ritmo incansable, sin obstáculos graves y con un mínimo de momentos difíciles. Lógicamente, el momento actual era de esperarse. Las raíces de este momento son profundas; muchos de los que lo han provocado están lejos, otros están entre nosotros, muy cerca. La campaña de la prensa de Luce —Time, Life, Newsweek— entra en su décimo mes, y continuará, lo que ha hecho sentirse muy confiados a Díaz Lanz y los que lo apoyan en Estados Unidos, en la República Dominicana y dentro de Cuba. Esa confianza se explica: a pesar de haber confesado a un órgano de vigilancia del Gobierno de los Estados Unidos, como es el Servicio Federal de Investigaciones, haber realizado un vuelo clandestino y violado leyes federales, Díaz Lanz no fue procesado inmediatamente, como era de esperarse lo que contrasta con la premura y la frecuencia con que era detenido el ex Presidente Prío en Miami en los días de la guerra civil.

Tan tremendo es el ímpetu de la Revolución, tan profundamente inmoral el régimen desalojado el 1o. de enero, que sus enemigos tardaron muchos meses en poder cobrar aliento y obrar como obraron en las horas angustiosas del miércoles 21 de octubre. Eso explica que una transformación tan profunda como la que sufre Cuba en estos momentos se haya producido a lo largo de muchos meses de calma, sin violencias, sin convulsiones visibles, como un proceso pacífico, después de la derrota total de las fuerzas en que se apoyaba la tiranía y la toma del poder por la Revolución (lo que también explica el que ésta, en vez de ser violencia haya sido orden y paz, tras largos meses de guerra civil).

Luego ha venido la dolorosa desaparición del Comandante Camilo Cienfuegos, una de las figuras más nobles y queridas de la Revolución, por su valor increíble durante la guerra y su extraordinario poder de atracción. La última vez que vimos a Camilo llegaba a la Avenida de las Misiones, escenario de la gigantesca concentración del Día 26, sentado en el asiento posterior de un pequeño auto convertible. Llegaba así, sin otras armas que las de reglamento, sin temor, expuesto al cariño de todos, a las jubilosas muestras de simpatía que su irresistible sonrisa provocaba entre la enorme muchedumbre. Había llegado Camilo, el héroe de todos, y sobre todo, el héroe de los niños, que sueñan con ser nada más que como Camilo.

Quien no comprenda que momentos de tensión como el que atravesamos por el ataque aéreo a nuestra capital y las pérdidas de vida, y por la desaparición del Comandante Camilo Cienfuegos, habrán de menudear, no tiene la más remota idea de lo qué está ocurriendo en Cuba. Esperar que la transformación de Cuba se produzca en el mejor de los mundos es infantil.

La Revolución ha tocado poderosos intereses cubanos y extranjeros y se ha atrevido a replantar la reforma agraria en el continente, tema prohibido y mencionado únicamente en los documentos oficiales de las Naciones Unidas. Nuestra Revolución apresurará en el resto de la América Latina el cambio de manos pacífico o violento, de la tierra y eso es grave, muy grave, para muchos.

Nos hemos atrevido a cambiar la estructura económica de Cuba, a dar la tierra a quienes la trabajan, y los ojos del Continente y del mundo están vueltos hacia nosotros. De que fracasemos o triunfemos depende la suerte y las esperanzas de muchos.

Lo que está ocurriendo en el interior de Cuba es mucho más importante que la honradez administrativa, que la construcción de edificios públicos o que la transformación de las ciudades y el mejoramiento de los servicios públicos. La tierra está cambiando de manos, la tierra está pasando de los pocos a los muchos, y eso es tremendo. ¿Cómo esperar que esto se produzca en medio de la calma, sin sacudimiento ni violencia? Lo importante, lo esencial, es no perder de vista los objetivos, mantener ojo avizor sobre esos señores y señoras que se frotan las manos de contento ante la desaparición de Camilo, sin permitir que nos perturben, y estar dispuestos a defender la Revolución con todo lo que tenemos.

Momentos difíciles habrá, y muchos. La calma que ha conservado en todo momento el pueblo de La Habana es elocuente. Esa calma dice que si llegara el momento de repeler una agresión lo haría con enorme serenidad y coraje.

No se llame nadie a engaño. Las circunstancias son distintas, pero el clima, los síntomas son muy parecidos a los que precedieron la agresión a Guatemala. También en aquellos días la campaña de la empresa Luce cobró virulencia, y un domingo soleado de Junio, en el viejo tren que a todo correr nos devolvía a Nueva York sobre las llanuras verdes de Long Island, supimos la noticia: Guatemala había sido invadida, el pequeño país sucumbía en pocas horas. Como un coro, toda la prensa estadounidense justificó la acción y alegó su necesidad impostergable, y el "New York Times" —el mismo "New York Times" que a veces parece hacer esfuerzos sinceros por comprendernos— otorgó su bendición a la hazaña y publicó una foto de Peurifoy observando los acontecimientos... en traje de campaña. Las voces disonantes fueron pocas. El "New York Post" criticó la evidente intervención del Embajador Peurifoy en los sucesos de Guatemala. Pequeñas revistas de minorías, órganos universitarios, efímeras publicaciones que ven la luz pálida de Greenwich Village por breves días y desaparecen, condenaron la acción, pero sus voces no se pudieron oír entre el impresionante coro aprobatorio. El verano siguió su curso y a poco aquel domingo era un domingo más olvidado, del corto verano del Norte, de breves memorias.

Una vez más se confirmaba lo que el rector Hutchins de la Universidad de Chicago había advertido al pueblo americano en un brillante discurso pronunciado durante la campaña de Stevenson: en los Estados Unidos no se lee más que una opinión, el debate en la prensa americana no existe, el pequeño periódico disidente casi ha desaparecido, el pensamiento es monolítico, la prensa no debate y mucho menos especula: expone una sola opinión que todos comparten, desde Nueva York hasta San Francisco, y que el público más crédulo del mundo lee y cree sin la sombra de una duda.

Hutchins atribuía el fenómeno al elevado costo de hacer un periódico que ha hecho que los órganos pequeños de opinión sucumban y sólo supervivan las enormes cadenas publicitarias al estilo Script-Howard y Hearst. Para nosotros el fenómeno es más profundo; es el fenómeno del "conformismo" que no es conformarse con la suerte sino conformarse a un patrón del que nadie debe disentir Ruth Benedict, la famosa antropóloga americana, ha explicado el fenómeno elocuentemente.

Pero volvamos a nuestro ámbito y a nuestra realidad. El momento es de aprestarse con la mayor serenidad a defender lo que tanto ha costado y a dejar en ello la comodidad y la vida si fuera menester. Que esos señores y esas señoras continúen frotándose las manos. Los que hemos trocado el montecristi y el dril cien, que nunca fueron blancos, por la sencilla sarga verde olivo —y es ahí, en las actitudes mentales donde, se libra la verdadera batalla— sabemos que abundarán los momentos difíciles que requerirán todo nuestro valor.

Sabemos que ninguna revolución puede hacerse en calma. Sabemos que a los tres años de la expulsión de los Borbones de Paris, un ejército harapiento de hombres, de mujeres y de ancianos corrió a Valmy y derrotó con sus armas defectuosas, con palos, con los puños, a los ejértos prusianos, y que ese mismo ejército destrozó en Wissembugo y expulsó de Francia a los soldados profesionales que el Emperador de Austria había enviado a destruir la Revolución Francesa.

Sabemos que debieron morir Madero, Zapata y Villa —Villa que fundaba escuelas, Villa quien el mundo entero trataba de bandido— para que la Revolución Mexicana, tras diez años de convulsiones terribles, lograra sus objetivos. Sabemos que Washington debió cruzar el Delaware helado a la cabeza de un ejército hambriento y que la sede presidencial de la joven república americana, cuyo nacimiento admiró el mundo fue incendiada por los ingleses. (¿En qué momento de su historia olvidaron los norteamericanos su origen revolucionario y opusieron un gesto de suspicacia infinita o de infinito suobismo a cuánto significara revolución?).

Conocemos los días sangrientos de Febrero del 17 y la sacudida que debió sufrir Rusia para sacudirse a los Romanoff y su marasmo; las tremendas jornadas del Smolny donde los hombres llegaban frescos y salían destrozados por la fatiga muchas noches después, mientras Lenin velaba diez noches consecutivas y Trotski, hecho de acero, hacía muchas veces sin detenerse el camino entre el frente y Petrogrado, consolidando la Revolución, entre el estruendo de los debates de la última Duma y de los ataques al Palacio de Invierno.

Todo eso conocemos, y vamos a defender nuestra Revolución cubana sin retroceder un ápice, sin ceder nada de lo que hemos ganado; apoyados en la moral suprema del bien de los más.

El momento es de recuento de lo ganado y de preparación, de preparación incesante. El momento es de construir y levantar y sembrar con la mirada tensa puesta en el horizonte por donde puedan aparecer, un domingo intrascendente cualquiera, las fuerzas oscurantistas que fue preciso destruir en Valmy y que, una y otra vez, tratarán de sojuzgarnos.

ESTA HORA DECISIVA

por jaime sarusky

Querrámoslo o no, todos los cubanos estamos viviendo el momento más trascendental de nuestra historia. La Revolución ha trascendido nuestras limitaciones insulares para proyectarnos universalmente. Indigna ver la apatía o la indiferencia de unos cuantos en esta hora decisiva. Y esto sucede cuando nuestro destino, no ya como sociedad civilizada solamente, sino como individuos, está en juego. No es que se presente la alternativa entre regímenes de esta u otras características. Se trata del cubano como hombre. Del cubano como fuente generadora de historia. Del cubano —haciendo abstración de sus gustos personales, su psicología o su pertenencia a una clase determinada—, como individuo comprometido con su época. Decía Jean Paul Sartre que todo hombre que se comprometía —es decir, quien tomaba una actitud clara y terminante frente a la vida— estaba comprometiendo con su acto a toda la humanidad.

Y ese es nuestro privilegio y nuestra responsabilidad como cubanos comprometidos en esta hora decisiva. "O se está con la Revolución —es decir, con todo lo que existe de genuinamente cubano y por ende muy universal— o se está contra la Revolución", dijo Fidel hace unas semanas. En estos momentos no caben las actitudes mandarinescas ni las sutilezas de los reflejos de la luz en una bandeja de plata.

Ahora sí que no caben las imposturas del apoliticismo, el "objetivismo" o el neutralismo. Como individuo el cubano no puede ser neutral en esta hora decisiva. Ni mucho menos espectador. Aquí no se repetirá como en España, el lamentable espectáculo de una juventud desgarrada entre las sotanas del Opus Dei y los armiños de los Borbones. "Aquí o nos salvamos todos o nos hundimos todos", volvió a decir Fidel. Y es que esta hora no es de paliativos y mucho menos de razonamientos surgidos del humo tibio de una pipa o del fresco reconfortador de un acondicionador de aire.

La Revolución son las voces de la calle; la Revolución son los brazos vigorosos de los campesinos con sus machetes y los obreros con sus herramientas; la Revolución es una expresión clara y definida de nuestras manifestaciones de cultura.

La Revolución es la lucha frontal contra el Imperialismo norteamericano y las ignominias que de su penetración en nuestro país se desprenden. La Revolución nos libera definitivamente como ciudadanos de un país hasta ayer feudo, ciudadela, castillo.

Por eso, —hay que elegir. O con Pedraza y su larga estela de asesinatos de obreros y gente humilde durante la huelga de Marzo de 1935; o con Núñez Portuondo y sus envilecidas actitudes de payaso del Imperialismo norteamericano; o con Trujillo y sus cementerios; o con los latifundistas nacionales y sus voceros de la prensa cien veces y más de cien años reaccionaria; o con los Imperialistas norteamericanos, violadores de nuestra soberanía, de nuestras riquezas, de nuestras libertades, de nuestra cultura, o con todo un pasado abominable o con la Revolución. Hay que elegir.

Ese es el privilegio y la responsabilidad del cubano en esta hora decisiva. La lucha entablada no es contra tal o más cual país. La lucha es: o Reforma Agraria, Cooperativas y Tiendas del Pueblo para los campesinos cubanos o miles de caballerías de tierra para los latifundistas nacionales y los monopolios norteamericanos y sus naturales secuelas: el latrocinio, la tortura, el sobresalto de vivir con cada amanecer. Hay que elegir.

Hay que elegir entre los que dejaron atrás millares y millares de ataúdes o con los que, por primera y última vez en nuestra historia, han puesto en el pecho de los cubanos una larga esperanza.

En todos los tiempos y en todas las latitudes la vida siempre ha tenido un hondo sentido para los hombres. Sin embargo, hasta el 1ro. de Enero de 1959, paradojicamente, no era la vida lo que tenía sentido para los cubanos sino la muerte. De los polvos y las cenizas de aquella Vieja Sociedad surgió el salto histórico más formidable que registra la Historia de la América Latina en el Siglo XX y uno de los más importantes en todo el Mundo.

Cada cubano debe estar consciente del papel histórico que está jugando en esta hora decisiva como ciudadano de un país que está violentando las entrañas de la naturaleza para que la misma le entregue a él, como hombre, lo que al hombre le pertenece. El cubano no puede esperar otro milagro que no sea el que realicen sus propias manos. El mundo y su honda pupila —el mundo y sus millones de seres de la Vieja Asia y las jóvenes Africa y Latinoámerica— están pendientes de las manos de los cubanos. El Imperialismo norteamericano, herido de muerte, se niega a aceptar el veredicto de la historia: quedar como chatarra vieja para que jueguen los muchachos en sus ratos de ocio al salir del colegio. O como pieza de museo para que las generaciones venideras se enteren que existió alguna vez. En esta lucha de dos mundos irreconciliables, las manos de los cubanos serán decisivas. Las mismas manos que produjeron riquezas para vientres extraños, producirán escuelas, producirán cantos, producirán alegrías para sus propios hijos.

Otra vez, si fuera necesario, brillarán al sol y oiremos el ritmo de los machetes en nuestras plazas y campos.

En esta hora decisiva, hay que elegir.

CARTAS DE LUNES

"Isel no pudo haber escrito una carta más mediocre. ¿Qué es lo que buscaba? No le encuentro objetivo a esa carta. Lo de las felicitaciones está bien; pero ¿por qué llamarle a usted "demonio"? Y primer criminal!

No estoy de acuerdo en nada con esa señorita histérica que dicen que escribe poemas. No estoy de acuerdo con esa vacua palabrería que emplea en su carta.

¿Es esa señorita una de las nombradas por Odilio? Entonces pienso, aunque al principio me molestó, que Armando Orense tiene razón al decir que hay muchos nombres más en la carta abierta de Odilio González.

DAVID INFANTE

"Creo que Armando Orense está muy equivocado. Era necesario que Odilio González expusiera esa larga lista de nombres, porque esas personas escriben. Creo difícil que ese señor conozca lo suficiente a todos los nombrados, para dar una opinión como la que dio. El puede saber si hay nombres de más; eso no quiere decir necesariamente que sean malos.

Mi criterio es, que está muy bien que publiquen esos nombres o ese "derroche de mayúsculas". Es mas debían de haber escrito otros nombres, como el de Gastón Alvaró, gran poeta, Mercedes Cortázar, escritora de gran sensibilidad, David Infante, un dramaturgo extraordinario y tantas y tantas firmas más.

Felicito a Odilio por su valiente carta. Y sólo lamento la injusticia de Armando Orense y la carta agresiva y snob de ISEL.

LAZARO ACOSTA

● "LUNES" agradece las cartas de David Infante y Lázaro Acosta. Ambos se preocupan por lo que pasa dentro y fuera de sus páginas. Pero lamentamos el uso y abuso de adjetivos desagradables que se le impugnan a la señorita Isel. Primero por considerar a Isel a más de una muchacha con sensibilidad y talento, una criatura encantadora que en todo momento no ha hecho otra cosa que ser simpática, dulce. Segundo, porque "LUNES" nunca tomó muy en serio aquella carta de Isel, como tampoco —Creemos— la tomó la propia Isel.

"Los cavernícolas de "La Decana" habrán sonreido al leer en "LUNES DE REVOLUCION" su "No Pasarán" y habrán pensado "Pasamos". ¿Por qué lanzan ustedes una consigna que fracasó? ¿Por qué recordar derrotas? Creo psicológicamente negativo el "No pasarán" español".

MARIA ROQUE

"Demuestran ustedes muy poca imaginación al repetir el "no pasarán" de los madrileños.

¿Es que se han olvidado que allí pasaron?

¿Por qué no inventan otra frase que por lo menos sea original?

● En primer lugar nosotros no escribimos para los "cavernícolas" —entiéndase reaccionarios— de la "Decana", —léase La Marina—; porque no nos interesa combatir lo que se cae a pedazos; ese combate está ganado en toda la línea. Ahora bien, creemos que el pueblo español dio una muestra de heroísmo tan gigantesca en la defensa de Madrid que es una falta de respeto decir que fracasaron. A nuestro entender el que muere peleando no fracasa nunca. Además, el asunto de España no está terminado, por lo tanto creemos que no han pasado, que se han filtrado momentáneamente. Sin duda ese lema tan heroico no es sólo de los españoles, sino de todos los pueblos libres, y en otros lugares en el combate contra la reacción representada en esa ocasión por el nazifacismo, ese lema dio resultados victoriosos. Ese lema es signo de dignidad popular, de heroísmo, de gallardía colectiva, y de la victoria final de todos los pueblos del mundo. Creemos que es bastante, y que los heroicos muertos de la España insurrecta merecen un poco más de respeto.

"El magazine del lunes por la mañana de un diario que publicaba la letra R al revés, signo de hermandad de clases, y que es la letra rusa "YA" como en la palabra "yard", ha dejado de hacerlo. Ahora ponen la letra "E" al revés que es la letra rusa "E" como en la palabra "error" y la letra "E" nuevamente invertida pero de esta forma que en el alfabeto ruso es la letra "SH" como en la palabra "shop". ¿Cuál será la próxima?



● Esta es la nota que publicó Carlos Todd —profesión: sobrino de Julio Lobo; hobby: "play boy"— en una de sus secciones del semanario "The Times of Havana" 29 de octubre del '59. Para los pocos que, por descuido, le han leído en las menguadas páginas de "Times of Havana", la nota no agrega ningún veneno a la campaña de insidia que ha venido activando desde la caída estrepitosa de Batista. Es el "spleen" del "club-man" que ve desmantelado el viejo "club-house" donde campeaban compañeros que no podrán regresar más a él. Y esa nostalgia se justificaría si en estos momentos de prisa fundadora hubiera un minuto para apiadarse de los que se han quedado solos. El drama de Todd es el del hombre acodado en la barra que ha visto liquidados en minutos a sus compañeros de tragos. No es capaz de enfrentarse a la realidad nacional más que por torceduras o crucigramas. El que ahora ha creado es un pobre juego de letras para acusarnos de una sola palabra: comunistas. "LUNES" no necesita aclarar nada que sería reiterativo. Su conducta está en sus páginas, su ideología está en sus páginas. Los hombres que lo alentamos no tenemos que recurrir a tales procedimientos para embozar una creencia. Todd, "actor" solitario, nostálgico de las divertidas tertulias del pasado régimen, puede seguir jugando a los crucigramas. Tal vez, entre tantas letras, pueda encontrar el calificativo que le cuadra.

Barquitos de papel

por FRESQUITO FRESQUET

